

MONOGRAFÍAS
VASCONGADAS

EL PAIS VASCO
VISTO
DESDE FUERA

por

Fausto Arocena

SIBLIOTECA VASCONGADA
DE LOS
AMIGOS DEL PAIS

Monografía N.º 1

EL PAIS VASCO VISTO DESDE FUERA



Fausto Arocena

Al Sr. D. Rafael Navarro, para su biblioteca personal, con tintas de res,
Fausto Arocena

F A U S T O A R O C E N A

22-V-93

El País Vasco visto desde fuera

Biblioteca Vascongada de los
Amigos del País
San Sebastián
1949

NOTA PRELIMINAR

*L*A crítica es beneficiosa para el censurado. La propia es, sin duda, la mejor; pero suele ser un mirlo blanco. Nadie se enjuicia a sí mismo desde un punto de vista crítico, como no sea un asceta que busca su humillación.

Así resulta que en realidad no tenemos a mano otra crítica que la ajena. Es la que nos hace andar derechos, la que pone ante nuestra vista nuestros defectos descaradamente y muchas veces con propósito de mortificarnos. Si reaccionamos humildemente y, aun advirtiendo la intención malévola, deducimos enseñanzas, sacaremos de ella provecho.

Pero bueno nos será estar en guardia. Porque el malhumor es frecuente compañero de viaje del viajero que, si no encuentra lo que quiere a pedir de boca, estará pronto a desafarse en improperios, no importándosele mucho de la justicia o injusticia de sus diatribas. Y también convendrá estar atentos ante los elogios excesivos dictados por la adulación o acaso por el servilismo consecuente a una amable invitación.

Con ese criterio, se tendrá siempre a mano una criba que dejará pasar el grano de la realidad y negará la entrada a los pedruscos de la animadversión.

El tejido del cedazo aprisionará también los grumos apelonados por la generalización de los casos particulares a que tan aficionados son los viajeros frívolos a quienes su observación superficial les merece más autoridad que la seria investigación ajena.

Entremos armados de estas fórmulas en la baraunda de textos de gentes de todo pelo que viandaron por nuestra tierra. Nada nos turbe, nada nos espante, y hu-

yamos del gesto triste. Después de todo, lo que vamos a leer —¡si lo sabremos!— contiene más halagos que denuestos.

En las páginas que siguen la erudición está ausente: queda eso para el admirado amigo, Justo Garate. Se han entrecomillado algunos textos en gracia a la honradez expositiva y a la ingenuidad artística. Pero todo se ha subordinado a la fácil lectura, a la presentación de un texto amable. No quiere eso decir que se hayan barajado los textos a capricho y con un criterio no de servicio a los mismos, sino de explotación de los mismos. Nada de eso: el que habla es el viajero, no su comentarista. El anotador sólo se ha permitido poner en hilván los ajenos textos e ingerir leves comentarios para contribuir a su fijación. En suma: el esqueleto es obra de nuestros críticos; sólo la encarnación es obra propia.

Son todos los que están, pero no están todos los que son. Quiere esto decir que están ausentes muchos relatos de viajeros y que, sobre todo para los tiempos más cercanos, ha habido que establecer una aduanera selección.

Cierra estas páginas una bibliografía de obras consultadas. De obras consultadas se ha dicho, no de obras existentes sobre el tema. Esta última relación hubiese sido fácil formarla a la vista de cualquier repertorio o diccionario de fuentes. Así se suele abrumar al lector en muchas publicaciones. Ello, aparte del poco sentido crítico que supone, más que una invitación a la lectura de los libros brindados, suele ser de hecho y en sus consecuencias una especie de índice de libros prohibidos, ya que la indigestión fulminante que su sola vista produce en el presunto lector, llega a tener unos efectos francamente prohibitivos.

Se ha agrupado el tema en tres capítulos de ordenación cronológica, y al fin de cada uno de ellos va una leve recapitulación para que queden fijadas las ideas centrales.

Oído atento a lo que nos dicen desde fuera.

CAPITULO I

DESDE LA CUMBRE

1. - Estrabón, el primitivo

54 a. J. C. No visitó Estrabón nuestro país. Tampoco lo visitó Avieno. Uno y otro se surtieron de las noticias de diversos viajeros y autores. Pero es tan gráfica la descripción que hace el geógrafo griego del modo de ser de nuestros antepasados que no se puede dejar de traer a estas líneas lo que dejó consignado.

Hay que advertir previamente que el retrato no es exclusivo de los nuestros. Con ellos se ven fijadas otras fisonomías más o menos afines. El matiz diferencial se señalará después como evidente, pero en los problemas de orígenes es muy difícil delimitar zonas, y habremos de contentarnos con aceptar una descripción para la que necesariamente hubieron de «posar» ante el narrador hombres que eran carne de nuestra carne. Estrabón describió a los pueblos del norte de España hasta los vascones. Y, aunque se acepte con Campión que éstos quedaron *fuera del objetivo*, siempre quedarían dentro del campo de visión aquellos *bardyetas* que tanto resistían a la pronunciación del gran geógrafo. Dicho queda que con ellos posaron también ante la cámara los hermanos caristios y autrigones.

Eran nuestros antepasados, al decir de Estrabón, sobrios y no devotos del líquido que tiene a Noé por descubridor.

Así, pues, nuestra primera entrada en la historia es francamente alentadora y nos descubre virtudes de que hoy desgraciadamente no podemos envanecernos. Sus yantares no eran como para poner envidia en Heliogábalo: macho cabrío como plato fuerte, y un pan elaborado con bellotas secas y majadas. ¡Ah! Se nos olvidaba a Estrabón y a mí consignar que la manteca entraba con mucho en el condimento del macho cabrío, con lo que el manjar quedaba algo refinado. También titubea Estrabón al referirse a las potabilidades de los norteños, porque después de haber estampado una declaración absolutamente categórica sobre su condición de abstemios, levanta un poco la punta del mantel —del imaginario, se entiende— y supone a nuestros antepasados libadores de cerveza y aun de su «por qué» de vino en las graves solemnidades familiares. ¿Llamaría, por insuficiencia de información, cerveza a la sidra y carnero al cordero? No podemos introducirnos en su mente y habremos de atenernos a la letra de su texto.

No fué Voltaire el descubridor de la afición de los vascos a las danzas, aunque su expresión sea la más traída y llevada. Mucho antes que él se fijó Estrabón en esa querencia coreográfica. Y nos los representa bailando al moderno modo americano, es decir, entreverando sus danzas con sus libaciones, ya bailando al coro al son de la flauta —aparece el chistu— ora ejecutando cabriolas en tono de competición, con lo que también despunta a flor de la primera historia la fiebre de las apuestas que ha de consumir a todas las generaciones sucesivas.

Vestían trajes oscuros, como nuestros *aitonas* y *amonas* de hoy y como los graves junteros de nuestras asambleas forales. Y las sayas y las capas que cubrían sus cuerpos eran de lana burda o pelo de cabra, materia textil no muy distante seguramente del tejido de *marraga* que ha sobrevivido hasta nuestros días. La coquetería femenina asomaba ya, no podía menos, en lo floreado de las telas y en su colorido.

Comerciaban y cambiaban moneda de plata. Les faltaba el troquel pero sabían cortar trocitos del preciado metal y con ellos se proveían de sus sobrios racionamientos.

Su procedimiento de curar enfermedades era extraordinariamente simplista, pero no totalmente desafortunado. El empirismo, hoy todavía muy en uso, dominaba en la terapéutica de aquellos tiempos. Exponían sus enfermos en pública comparecencia y los confiaban a la experiencia ajena, lo que no dejaría de producir algún efecto curativo, como tampoco eliminaría los desenlaces mortales.

No se considerará, finalmente, intromisión en coto ajeno insinuar que el elemento marino vasco estaba ya presente en los tiempos del gran geógrafo griego. Le debemos la mención preciosa relativa a las embarcaciones en que se ejercitaban sus actividades marineras: usaron hasta la expedición de Bruto de balsas de cuero: exactamente como los wikingos. Y no será ésta la única vez en que veamos en línea paralela a vascos y wikingos esforzados en la conquista del mar. La isla de Terranova les aguarda y, sintiéndose sirena, les llama. ¿Quién será el primero? Pero esto sí que corresponde al cercado ajeno. Como corresponde también a otro cantor el cantar de la *covada*.



2. - Aymerico, el irascible

1140 ¡Mala la hubísteis, Picaud, en esa de Roncesvalles! Así pudiéramos parodiar el romance, con especial referencia al paso por la frontera vascónica del picardo romero. Porque si éste fué un personaje de carne y hueso, lo que no es del todo seguro al decir de Walter Muir Whitehill, bien se le ve el plumero, es decir, bien se le advierte la procedencia, porque de Picardía había de ser, aunque no lo era de hecho, quien tan malévolo se muestra con nuestros ancestrales.

Debió, en efecto, de pasarlo mal en su tránsito fronterizo. Cobráronle gabelas de no muy buenos modos. Y ya que el contrabando premeditado no le salió a pedir de boca, entró en su alma el resentimiento, fautor siempre de juicios injustos.

Así es que los vascos para Aymeric Picaud «son feroces y la tierra en que habitan es también feroz, silvestre y bárbara». Antes se había dejado decir que en esa tierra había malos alcabaleros y que salían al encuentro de los peregrinos «con dos o tres dardos por armas, cobrándoles injustos tributos», con lo que todo queda explicado. Bien se advierte que todos los denuestos —que no son pocos y de poca monta— giran en la órbita del resentimiento y precisamente del resentimiento provocado por el asalto a los intereses materiales, que no sólo en estos tiempos, sino también en aquellos tan alejados de nuestros días, eran el motor que movía muchos bajos apetitos.

La insistencia de Aymerico sobre el tema es de tipo obsesivo. No debían, a su juicio, cobrar lícitamente el tributo más que a los mercaderes; sin embargo, se propasaban a cobrarlo con toda injusticia a los peregrinos y, en general, a todos los viandantes. Y tampoco se limitaban a cobrar simplemente lo ajustado al arancel, sino que las exacciones eran dobladas.

Todo eso era para él intolerable. Y, a falta de otro re-

curso coactivo, apela a la fulminación de excomuniones, arrogándose facultades que difícilmente resistirían a un examen ligeramente crítico.

Lo que se dice en torno a ese grave incidente de aduana, no es para transcrito sin agravio a las leyes del pudor. Baste decir que los autores que se han referido a ese malévolo texto —y entre ellos se cuenta alguno que rindió tributo a cierta corriente naturalista— han dejado en su lenguaje original las expresiones más crudas con las que se atribuye a los navarros vicios antinaturales relatados con morosidad no exenta tal vez de libidine para el mismo relator.

A nadie extrañará después de esto, que, volviendo a repetir por centésima vez que se robaba a los peregrinos a mansalva, añade que además los feroces publicanos montaban sobre sus pacientes víctimas, cual si fueran asnos, y a la postre los mataban, con lo que el asunto quedaba definitivamente concluído.

Para dejar de lado esa peyorativa descripción de nuestros mayores y para tomar en consideración informaciones más ajustadas a la verdad, que no faltan en el relato, añadiremos que para Aymeric, los navarros y los vascos, de allende el Pirineo, unos y otros de semejante calidad en el vestido, comida y lenguaje, eran «gente bárbara sin parecidos con las demás en ritos y naturaleza, llena de malicia, de color negro, de aspecto repugnante, maligna, perversa, pérfida, desprovista de buena fe, corrompida, lujuriosa, borracha, diestra en todo linaje de violencias, feroz y rústica, sin probidad y detestable, impía y cruel, siniestra y terca, carente de bienes, instruída en toda clase de vicios e iniquidades, semejantes a los getas y sarracenos, en todo malignamente enemiga de nuestra nación francesa». Y termina el florilegio afirmando que por una mísera moneda el vasco es capaz de matar a un francés.

¿Serían los nuestros como nos los describe Aymeric? No hay que hacer mucho esfuerzo de imaginación para no suponerles «gentlements» precisamente. Nadie lo era en aquella época y no lo serían ciertamente los paisanos del picardo. Pero hay que convenir en que a éste se le corrió la

tinta: estaba muy nervioso por lo que le había ocurrido con los cobradores de gabelas.

Otras muchas cosas, todas ellas muy interesantes, dice el *zacarrondo* Aymeric refiriéndose a los vascos: se trata de noticias muy curiosas sobre su lengua, indumentaria y usos, en las que no paramos mientes para no invadir cercados ajenos. Debémosle por esas noticias cierta gratitud, aunque la inquina del romero emerge entre noticia y noticia, y así, si habla de nuestro léxico, tiene que añadir que, oyendo a los vascos hablar, se acuerda uno de los perros ladrones, «pues hablan un idioma bárbaro», y cuando habla de sus refacciones, se los representa comiendo como perros o como puercos. Aun lo que objetivamente considerado debiera ser elogioso, tiene para el peregrino alguna nota peyorativa. La familiaridad entre amos y criados le parece vitanda y el comer con las manos en tiempos en que no se conocía el uso del tenedor le parece la cosa más reprochable.

Menos mal —loada sea la memoria de Aymeric Picaud— que reconoce noblemente que los vascos y navarros «son de buena calidad en el campo de la guerra, y para asaltar el campo de combate, atrevidos; escrupulosos en el pago de los diezmos y habituados a satisfacer las oblationes del altar».

Creemos que don Telesforo de Aranzadi puso demasiado alta su indignación y perdió la «sofrosine» que tan bien se acomoda a un espíritu científico de su talla. Hay que convenir en que, como dice don Arturo Campión, «las facciones amañadas de una caricatura no impiden vislumbrar el aspecto verdadero del rostro». Por eso la descripción de Aymeric Picaud, que ella misma se quita hierro, ya que tan patentes se muestran sus intemperancias, es, a pesar de todo una relación no exenta de interés para quien sepa leer entre líneas.

Aymeric se descubrió demasiado para que sus feroces imprecaciones puedan hacer mella en cualquier espíritu medianamente objetivo.

3. - El topónimo INGLES-MENDI

1367 Justo Garate es un erudito, no cien por cien, como se dice ahora en un lenguaje muy vulgarizado y muy vulgar, sino mil por cien, es decir, es más erudito de lo que se puede ser. El hecho es muy difícil de explicar, pero se da. Garate sabe siempre algo más que los demás y exhibe su sobreciencia, no por vanidad, sino por honrado servicio a la cultura. No inventa nada, pero, nuevo zahorí, descubre lo oculto y soterrado.

Sabía el Dr. Garate, por lecturas de Borrow y de Froissart que había un topónimo *Ingles-mendi* que interesaría mucho reducir a su exacta ubicación. Movilizó para ello a sus colaboradores, ya que sus miriadas de notas no le daban todavía suficiente luz. Y el caso era que Borrow, sintiéndose ingenuamente profeta, había dicho que el nombre de «Inglis Mendi» había de durar «hasta que el fuego consuma los montes cántabros». La investigación *in situ* no fué ilustradora: nadie sabía hoy determinar el lugar exacto que correspondía a ese topónimo y el mismo Becerro de Bengoa dió, como luego se verá, una pista totalmente equivocada. Por otra parte Froissart, si no estuvo en estos parajes, fué «reportero» específico de los asuntos de España en aquella época, y lo que él pudiera decir tenía el alto valor de un juicio extraño proyectado sobre el país en el siglo XIV.

Quitando a lo que antecede su entonación sibilina, conviene traer a lenguaje llano, es decir, a *román paladino*, que *Ingles-mendi* era una denominación de lugar, que si estaba en el oído de todos, no estaba en los ojos de todos, porque unos lo veían situado en tal cerro y otros en el de más allá, sin que pudieran ponerse de acuerdo los discrepantes. A todo esto Borrow, a quién como a buen inglés había de interesarle una denominación de lugar tan enraizada en el calificativo de su nacionalidad, llegó a desear una gran perdurabilidad al topónimo y profetizó que sería célebre en los fastos de la historia.

Eso, la misma dificultad de encontrarle cuna al nombre y la profecía de Borrow, eran motivo bastante para estimular el afán investigador del Doctor Justo Garate a cuyo ojo clínico no escapa ningún diagnóstico histórico. Y, claro está, la cuna se encontró y hoy se mece en ella esa denominación de *Ingles-mendi* cuya orfandad era motivo de lástima entre los historiadores.



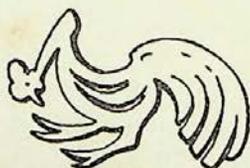
A nosotros nos interesaba señalarla, porque era teatro de la acción de un Señor de Vizcaya, de quien se habían ocupado con elogio cronistas extranjeros de rara solvencia. Así, además de entender mejor la versión de Froissart, sabemos determinar en qué punto de nuestro territorio llamó la atención del extranjero un gran Señor de Vizcaya.

Desgraciadamente, Froissart no se detiene en la descripción de cómo eran los nuestros. El episodio bélico reclama toda su atención. Y si traemos aquí su testimonio, es porque un inglés ha removido la curiosidad de los nuestros y ha hecho que Garate, barajando textos de propios y extraños, haya fijado la topografía del suceso, haciendo buena la profecía de Borrow.

Así, pues, *Ingles-mendi* no es un cerrillo que se ve desde Jundiz, como afirma Becerro de Bengoa, sino el mismo cerro de San Juan de Jundiz, donde «se hicieron muchas hazañas de armas y combatieron y se defendieron los ingleses y los gascones muy valientemente cuanto podían; pero una vez que los españoles hubieron entrado dentro, no se pudieron sostener ya en mucho tiempo».

Y en aquella refriega de talante internacional en torno a los apetitos soberanos de don Enrique y de don Pedro, pone Froissart en boca del Conde don Tello estas palabras, dignas de que las pronunciara antes César en sus arengas: «Señores, ¿tendremos nosotros aún más tiempo aquí a esas gentes? Debíamos ya haberlas devorado; ¡adelante, adelante, combatámosles con mejor ordenanza; no hay nada, si no se les conquista!».

He aquí la semblanza indirecta, trazada por un inglés, de un Señor de Vizcaya cuya conducta en la guerra de que es parte este episodio no estuvo limpia de mácula.



4. - El irritable bohemio

1466 El Barón de Rosmithal era personaje de muchas campanelas, como cuñado que era del rey Jorge Podiebrad. Bohemio de naturaleza, lo sería también por lo que se ve, de condición, entendiéndolo por tal al no sedentario y despojando a la expresión de cualquier acepción malévolas.

Su mala voluntad hacia los vascos quedó patente en su relato. El móvil de ella no debió de ser el mal trato de los aduaneros, como aconteció en el viaje de Aymeric. Pero se pueden rastrear algunos otros motivos: tal vez el de religión, ya que se puede conjeturar que el tal Barón era un adherido a las doctrinas de Huss que necesariamente debían chocar con la sincera ortodoxia de nuestros antepasados.

Del viaje de Rosmithal hay dos versiones debidas a dos personas distintas: Ssassek, utilizado por Fabié y por Aranzadi, y Tetzal, exhumado por Garate. Precisamente los conceptos más ofensivos proceden de esta segunda versión y no los dejaremos de glosar, porque un recto criterio impone que nada se oculte, ya que la verdad nunca daña.

La versión Ssassek nos descubre pocas cosas interesantes: menciona determinadas poblaciones, tales como Hernani, Toloseta (por Tolosa), Virealium (por Villarreal), Duraco (por Durango) y Belbaoa (por Bilbao). Da también interesantes datos sobre indumentaria femenina que serán recogidos por otro colega. Y se detiene poco en el examen psicológico de los nuestros.

Es Tetzal quien toma para sí la tarea de reducir a difusión las ideas de Rosmithal sobre el modo de ser y de conducirse de nuestros antepasados. Las tintas son recargadas, pero el relato no nos impresionará demasiado, porque sabremos atenernos a aquello que es regla de buen sentido: el eliminar la generalización de lo que es simplemente un hecho muy particularmente observado, y el tener en cuenta el malhumor provocado por no importa cuál sea la causa en el

ánimo de un viajero, no tratado quizá en proporción a lo que su categoría social parecería reclamar.

Ello es que Rosmithal llegó en cabalgadura «a un país aun más pobre y allí había un pueblo malvado y asesino llamado Biskein. En este país no hay necesidad de caballo; no hay heno, ni paja, ni cuadras y además los albergues son malos. Se lleva allí el vino en pellejos de cabras; no se encuentra buen pan, carne, ni pescado, pues se alimentan de fruta en su mayor parte».

Se refiere luego a cierto estado de inmoralidad, que no impresiona demasiado a quien sepa situarse en el tiempo y reconocer que había una gran necesidad de reforma. Pero nada tiene de particular que señale incontinencias quien, por doctrina, se cree relevado de severas imposiciones morales, gracias al magnífico comodín de la fatalidad del pecado y de nuestra justificación por la conducta ajena.

Tetzel-Rosmithal aluden también al singular caso de llevar los nobles el pie derecho descalzo. Este peregrino uso ha movido los comentarios de diversos autores que han expresado opiniones también diversas. No nos interesa aquí más que señalar el hecho de que el docto escriturario P. Galdos relaciona ese presunto uso con la antigua costumbre de Israel, según la cual, cuando alguno cedía su derecho a otro, sacaba su sandalia y la entregaba a su pariente en prenda de solemnidad de la cesión.



5. - En el país donde se come pescado

1494 ¡Lorado sea Dios que nos depara un viajero marítimo! Hasta ahora todos iban y venían por entre brezos y quebradas. Este de ahora, aunque también zapateó o chocleó por nuestras calzadas, sintió la querencia marina de nuestros navegantes y se fué con ellos a la ventura. Pero antes nos ha de contar algunas cosas.

En primer término ha de mostrarnos su pasaporte. Era nada menos que un obispo armenio y venía desde su poco eufónico Arzendjan tras del sepulcro de Santiago. Ocurría todo eso por la primavera de 1494. Entró por Bayona a nuestra Vizcaya «donde se come pescado», y quizá algún residuo salitroso conservado entre las especias del condimento le abrió su apetito de mar y le condujo al más mareante de los puertos marineros: a Guetaria. ¿Fué tal vez el bacalao el pescado degustado tan frecuentemente por el reverendo Mártiros? Porque ya para entonces los nuestros ponían proa a Terranova y lastraban sus frágiles embarcaciones con el bacalao que para muchos tiene ascendencia filológica vasca, aunque para otros la tenga holandesa.

Halló en tierra guipuzcoana un matrimonio acogedor que, escaso de bienes de fortuna, se puso a pedir limosna para el buen prelado, lo que no dejaría de herir las fibras sensibles del armenio. A su paso, por lo demás, no vió ningún rostro bello.

Esto, sin embargo, no nos impresiona demasiado. Un obispo no es autoridad en la materia: vió, sin duda alguna, mujeres bonitas, pero no se fijó en ellas.

Se señala su paso por Bilbao y Portugalete —¡oh atractivo del mar!—, y cuando después de visitado el sepulcro del Apóstol, desanda el camino recorrido a la ida y se dispone a transponer la frontera del Bidasoa, el seductor Cantábrico le atrae a sus orillas y una carabela de 8000 *ghantar* con corte de sirena le retiene hechizado.

Los clérigos de Guetaria le sorprenden en sus inocultables deseos y ponen a su servicio el influjo que tenían sobre las gentes del país. Hablaron al capitán de la embarcación con palabras suasorias y éste se dejó impresionar por ellas y más aun por una carta pontificia al prelado armenio que los clérigos se cuidaron de leer e interpretar.

«—Le recibiré en mi barco —contestó el capitán—; pero habéis de decirle que voy a navegar a la ventura por la mar universal. Aquí no caben mercaderes y todos los tripulantes se rinden a mi servicio. Cuantos ponemos los pies en la cubierta de este barco hemos hecho oblación de nuestras vidas; nuestra esperanza está en Dios y él será nuestra salvación donde quiera que nos lleve la ventura. Nos disponemos a dar la vuelta al mundo por el camino a que nos conduzcan los vientos. Dios sólo sabe a dónde vamos. Bien venido sea a nuestro barco, si así es su deseo; no ha de preocuparse de la comida ni de la bebida; de los demás gastos esos buenos religiosos proveerán; de él serán nuestros bizcochos y todos nuestros demás bienes».

Así dice Mártiros que habló el capitán de la galera guetariense. Por su narración sabemos cómo, dignos de Homero que los cantase, arengaban nuestros «arrantzales» y cómo, firmemente cristianos sabían abandonarse a la providencia de Dios.



6. - Un renano en San Adrián

1496 Von Harff, viajero renano, visitó nuestro país a fines del siglo XV. Entró por Navarra que era la puerta grande de Iberia y atravesó el antiguo reino de parte a parte, registrando noticias preferentemente geográficas, aunque no desprovistas de interés.

Su preocupación geográfica salta a la vista, ya que su descripción parece un «derrotero» terrestre, a juzgar por el detalle con que establece las distancias y por el cuidado que tiene de señalar límites y fronteras.

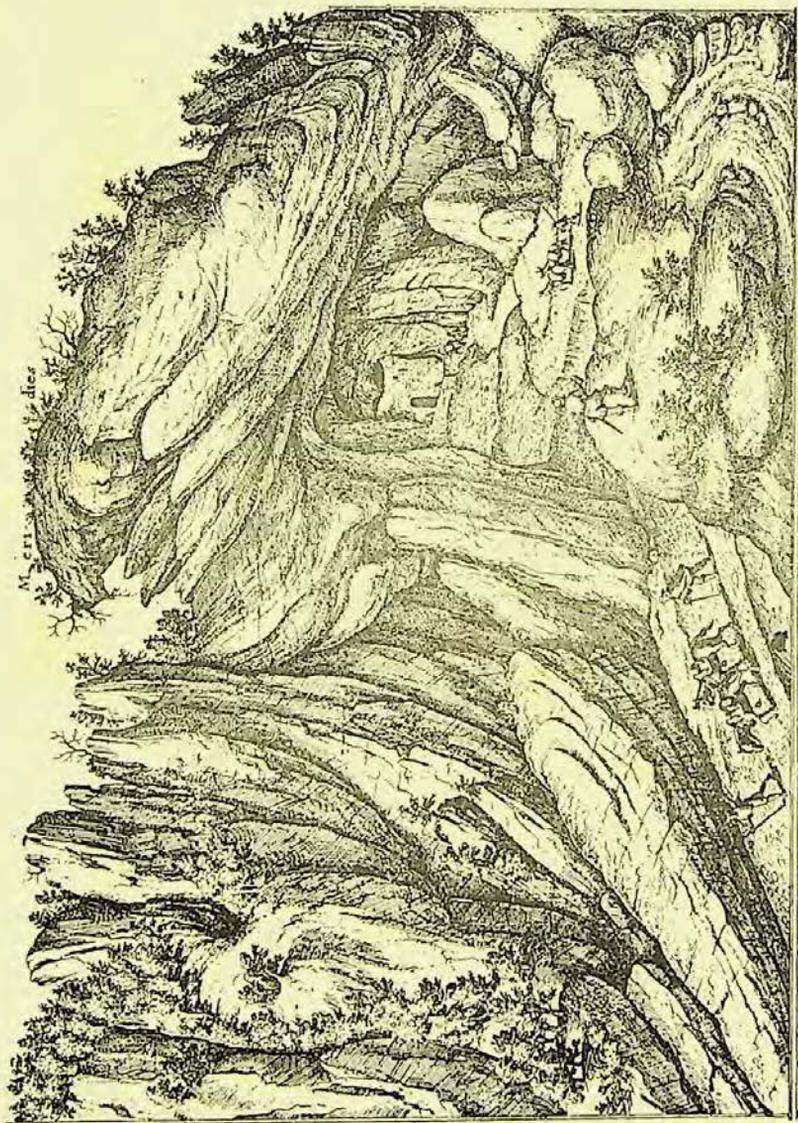
Contiene su relato un pequeño lexicón vasco, del que haremos gracia al lector como hicimos antes con el vocabulario recogido por el romero picardo.

Volvió de su viaje por tierras de Alava y Guipúzcoa y, aunque sea somera su descripción y demasiado apegada a la topografía, no deja de ofrecer algún interés, si bien el tal renano no llegó a prejuzgar la importancia del elemento humano en las ciencias geográficas, porque a los hombres no se les ve por ninguna parte. Por de contado que no pueden esperarse de su pluma observaciones ni aun atisbos de examen psicológico, ya que el viajero sólo tenía ojos para ver castillos, montañas, puentes y ríos.

Nos dice cuántas leguas hay entre Puebla de Arganzón y Puebla de Vitoria y cuántas entre la capital alavesa y Tredies, que Garate interpreta por Heredia al parecer con acierto. A las dos leguas de Heredia nos señala Gabarda, que habrá que leer Galarreta. Y «Allí comienza la montaña del puerto».

Ese puerto es el de San Adrián, que el viajero llama Trianport, con grafía incorrecta pero no muy alejada de otras grafías recogidas en documentos de indiscutible antigüedad.

«Se sube la montaña del puerto —dice— y hay una ermita o pasaje en lo alto sobre la montaña, a través de una roca horadada, donde habitan los hombres que la guardan».



M. cri. 3000. 4. des.

La Sierra de Sant Adrián en. Biscaia de Gueyo. Magnifico. Depitea. Inca. Dima. 20. D. LXXVII.

Muy celoso, como se ha visto, de delinear fronteras, no para mientes en que lo diminuto de sus observaciones le hace incurrir en ciertas contradicciones, que propiamente no lo son, sino en cuanto lo conciso de la frase no permite establecer las diferencias de matices que fijarían en sus verdaderos términos la consistencia de esas delimitaciones. «Allí está —dice— el límite de España, territorio y lengua, y comienza el país vasco —territorio y lengua, otra vez— y también otras vestimentas de hombres y mujeres, y las millas vienen a ser más largas».

El túnel de San Adrián, puerta de acceso otrora a Guipúzcoa, ha impresionado siempre a los viajeros, dado lo original del vestíbulo. En tiempos próximos a los a que se refiere el viajero renano, un español, Juan de Padilla (El Cartujano) describe el puerto de «San Adrián horadado» en un pasaje que ha interpretado, con su habitual acierto, Miguel Herre-ro García. Vale la pena de reproducirlo aquí por su vigor expresivo:

«Así comenzamos subir a la sierra
Muy nubilosa con pena y afán,
Como quien sube por San Adrián
Partiendo de noche de su Salvatierra.

.....
Al puerto de San Adrián horadado
Me semejaba la tal abertura;
En partes estrecha su concavadura,
Y tal que llevaba mi cuerpo de lado;
El agujero del Santo pasado,
Luego se muestra la honda Cegama,
Allí do comienza Lupuzca su llama
De las hornillas del hierro labrado
Con fuerza de agua que no se derrama.

.....
Así nos llegamos con lenta pisada,
Como el escucha de la centinela,
Cuando se llega, magüer que recela,
Hacia la parte que está desvelada.
Vimos la peña de dentro cavada,

Como la peña de Santo Adrián:
Allí do gotean las gotas y dan
Sobre la gente que va de pasada,
Subiendo la cuesta con pena y afán.

Cree Herrero García, que, puesto que no la nombra el Cartujano, no existiría en aquella época la ermita de San Adrián. Es seguro que, a la vista del texto de Von Harff, modificara su opinión el doctísimo erudito sevillano tan afecto a nuestros estudios.

Después del paso de San Adrián, sigue el renano llevando su minuciosa cuenta de leguas medidas entre Trianport. Segura —«pequeña villa sobre una montaña»—, Villafranca, Alegría, Toloseta —obsérvese la insistencia en esta grafía— Villabona, Litzauwe —por Lizaur-Andoain—, Ernane, Sta. María d'Irun o Erúna de danso —Irún-Uranzu— y Fuenterrabía. Allí se enfrenta con el río que llama de Beobia, «el cual separa el reino de España y el reino de Francia».



7. - Con Felipe el Hermoso, a vistas

1501 El Señor de Montigny formaba parte del séquito de Felipe el Hermoso, cuando este Príncipe cruzó el Bidasoa a 26 de enero de 1501. En la entonces encopetada Villa de Fuenterrabía tuvo ocasión de presenciar las fiestas en que corrieron cañas los caballeros españoles, y de degustar las espléndidas bandejas repletas de pasteles azucarados a la usanza nacional.

La comitiva pasó por Hernani, Tolosa y Segura y en todos esos lugares admiraron los de la misma la hermosura de las damas vascas, dando así un mentís autorizado a la observación incompetente del obispo armenio.

En Vitoria les fueron las cosas muy bien. El Condestable se deshizo por obsequiarles y ellos tuvieron ocasión de contemplar las habilidades de cierto escudero que era un estuche y trinchaba las carnes, que era una maravilla. La comida duró tres horas y los comensales se hicieron servir dos y tres raciones de cada vianda en escudillas de plata.

Nos dice Montigny, hablando de los vascos en general, y tomando el rábano por las hojas, que es costumbre que no tengan obispo, ni lo quieran tener. Si se les impusiera, lo matarían, porque sólo están sujetos al Papa, mediante sus curas propios.

Este Montigny había oído campanas, pero no sabía dónde. Es el inconveniente de confiarse a lo visto y oído, sin detenerse a estudiar. Oyó algo de la resistencia de los vizcaínos a las extralimitaciones de ciertos prelados foráneos, y dedujo una conclusión tan absoluta que resulta completamente divorciada de la realidad.

Podría Ibáñez de Echábarri, a pesar de sus travesuras que hicieron que Villarroel le calificase de «expulso de la compañía de Dios y admitido en la del diablo», (1) aleccio-

(1) Fué expulsado de la Compañía de Jesús.

narle cumplidamente sobre la existencia secular de Obispos de Armentia, muy aceptados y respetados por sus diocesanos, que no se han distinguido nunca por su insumisión a las autoridades eclesiásticas.



8. - Resumen

El hacer un resumen del juicio que merecieron nuestros antepasados a los viajeros que pasaron por nuestros campos en los albores de la historia, por fuerza ha de sumir a quien lo pretenda en las tinieblas de la perplejidad.

Si todo es contradictorio en los problemas de orígenes, la contradicción toma carta de naturaleza en el careo a que queremos sujetar a los extranjeros informantes de nuestras características en los primeros tiempos.

Pueblo de asesinos, malvados y lujuriosos, según Aymérico, a quien sigue con leves atenuaciones Rosmihal, el pueblo vasco resultaría investido con sambenito de ignominia, si tales infamantes dictados no se pudieran lanzar en aquellas azarosas épocas sobre casi todos los pueblos de la tierra, ya que es sabido que *bárbaro* era siempre, por automática definición, el de enfrente, mucho más si el resentimiento soplabla sobre el enjuiciador con impulsos de aquilón.

Quedaremos, pues, siendo bárbaros, pero diluídos en una barbarie universal. Ya a los romanos se les antojaban tales quienes no pudiesen ostentar su ciudadanía. Suelen decir que mal de muchos es consuelo de tontos, pero alguna base inconvencible ha de tener ese sentimiento cuando tantos le muestran su adhesión. Contentémonos con que el griego Estrabón no nos excluyese en la descripción que hizo de los pueblos norteños con expresiones más bien meliorativas, atendida la rudeza de la época.

Salta de todos modos a la vista, incluso entre las invectivas de nuestro enemigo número uno, que nuestros abuelos eran excelentes para la guerra y fieles pagadores del diezmo. Ya antes había dicho Avierno que nuestros predecesores eran *inquietos*.

Y según aquel mismo gran debelador de los nuestros, eran éstos obsequiosos para sus criados a quienes trataban con familiaridad para él repelente, porque, sin duda, estaba

hecho a contemplar las iniquidades con que sus compatriotas de horca y cuchillo «obsequiaban» a sus baqueteados vasallos.

Eran, además, los nuestros: sobrios, según Estrabón, y borrachos, según Aymeric. Dejémoslo en la mitad y concedamos, atendida sobre todo la experiencia actual, que no rehuirían realizar, cuando las circunstancias lo reclamasen, la experiencia de los hijos de Noé.

Bailaban en todo momento y con toda ocasión. Bailaban antes de las comidas, durante las comidas y después de las comidas. Así habría de observarles Voltaire al cabo de los siglos y a los pies del bravo Pirineo.



CAPITULO II

DESDE EL OTERO

9. - El magnífico veneciano

1528 Tócale presentarse ahora en pública comparecencia a un magnífico Embajador de la soberana República de Venecia. Era Andrés Navagiero, y su paso por nuestras tierras se registró en sus anales de la manera elegante que correspondía a su condición de diplomático, aunque bastara ser italiano, para ser a la vez cortés y bien hablado o bien escrito.

Quizá su condición de Embajador hizo que se atenuasen las formalidades y, sobre todo, las exacciones aduaneras. Quizá también el correr de los tiempos había puesto manse-dumbre en el trato y prácticas de los indígenas al compás de la época menos bárbara que las que le precedieron.

Navagiero nos da el dato precioso de que en Vitoria hablaban ya para entonces en castellano, pero entendían el vascuence y los más de los pueblos de Alava eran vascos de lengua.

Nos habla del pelo rapado de las muchachas, como tantos otros que por aquí pasaron; parece preocuparse mucho de la riqueza forestal del país y señala la existencia de encinas, tilos y alcornoques, mención esta última que no deja de producir cierta extrañeza en el ánimo de don Telesforo de Aranzadi quien pone un dubitativo interrogante junto a la mención. Recordemos, no obstante, que hay actualmente alcor-

noques en la zona de Zarauz-Guetaria y que el hecho de hoy justifica la posibilidad de ayer.

Decididamente, los problemas de la tierra y de sus cultivos le seducen. El nos cuenta que no se produce vino y que el trigo resulta escaso, y tiene ciertas ponderaciones para la sidra —la *sicera*, sin duda, de Aymerico—, que es un vino «claro, bueno y blanco con un deje agrio».

También las industrias extractivas le merecen alguna atención y nos hace saber que hay gran abundancia de hierro y acero, hasta el punto de que entre Guipúzcoa y Vizcaya vienen a obtener ochocientos mil ducados al año por ese capítulo importante de su producción. Y, al referirse a los productos manufacturados, nos dice que «en Toloseta se hacen muy buenas espadas y se crían las hermosas astas de lanzas que se llevan de aquí alguna vez a Italia y que son de fresno, para lo cual en toda Guipúzcoa y Vizcaya plantan los fresnos en los huertos y los transplantan dos o tres veces, quitándoles todas las hojas y ramos, menos los del copeite, y así crecen derechos y hermosos y se hacen buenas lanzas de jineta y las picas». Al repetir luego que todo el país está lleno de esos árboles, viene a confirmar su especial preocupación por los problemas forestales ya arriba advertida.

Somos o éramos —al decir de Naggiero— «muy buena gente, así por mar como por tierra» y no creía «que en toda España hubiese tantos hombres valerosos como en esta región».

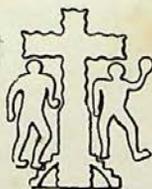


La condición específica de navegantes de nuestros antepasados es formalmente reconocida por el Embajador veneciano, para quienes los vascos navegaban mucho, porque disponían de muchos puertos y construían las naves con poco gasto gracias a la abundancia de robles y de hierro de que disfrutaban.

Por lo demás, «toda la tierra está muy poblada, no habiendo bosque ni montaña que no esté llena de gente; además de los pueblos hay infinitos caseríos, en los cuales viven los más nobles, creyendo ellos, y así se tiene por cierto en

toda España, que la verdadera nobleza está en este país; no se puede hacer mayor lisonja a un grande de Castilla, que decirle que su casa tuvo origen en aquella tierra; esto lo cree la mayor parte de los grandes y, en efecto, se ve en aquellos lugares el origen de las más nobles familias y casas de España».

Como se ve, el magnífico veneciano nos desquitó de las impudencias de Aymeric. Todo lo que vió en nosotros era bueno, como no fuese —y ello da idea de su espíritu de limpia objetividad— el impresionante camino de San Adrián «con muchas piedras y lodos», para cuyo remedio habían puesto los guipuzcoanos «maderos de través y de tal suerte que hubiera sido mejor que lo dejaran sin artificio alguno». Pero de esta impericia en la conservación de nuestros caminos, ya iríamos desquitándonos nosotros. Tiempo vendría en que otros viajeros se harían lenguas de nuestras esplendorosas carreteras.



10. - El amable Venturino

1572 Dicen que hay que temer al hombre de un solo libro. Efectivamente, la práctica actual de especialización abona esa sentencia, siempre que su aplicación no sea tan rígida que excluya en el sujeto todo conocimiento extraño al tema específico, porque los conocimientos son solidarios y la ignorancia de unos se acusa inexcusablemente en el desarrollo del asunto elegido.

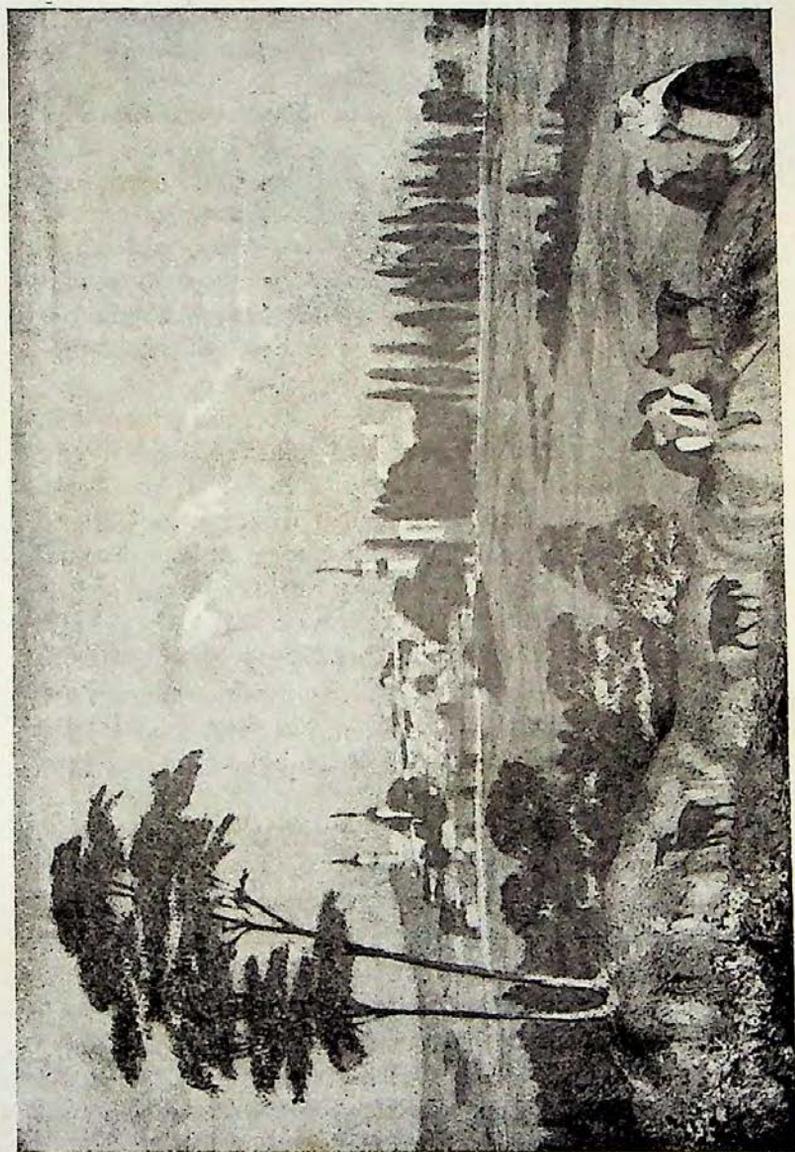
Viene esto a cuento de que hay que considerar a Shurhammer, como al especialista más especializado de la personalidad y de la santidad de San Francisco Javier. Nada que de alguna manera se relacione con su personaje, le es desconocido. Y gracias a esa su portentosa erudición, hemos venido a conocimiento del paso por nuestras tierras del legado papal Michele Bonello, que vino a las cortes de España y de Portugal con ocasión de la boda del rey don Sebastián.

No nos interesa la personalidad de Bonello, sino la de un eclesiástico de su comitiva. Venturino, quien se tomó el trabajo de formar una especie de diario de su viaje que tocó por tierras nuestras.

Armiñón, junto al Zadorra, fué el primer eslabón de la cadena de viaje por territorio vasco, «casi a cada paso —dice— aparecen acá aldeas y villas sin número a derecha e izquierda del camino». Garate nos lo traduce así y su firma es garantía de acierto.

Vitoria se le representó como una población hermosa, limpia y activa, aventurando un juicio que hoy, a cerca de cuatrocientos años de fecha, suscribirían muchos. Había ya para entonces un hermoso hospital y hasta un muy hermoso arsenal provisto de armas procedentes de la Placencia guipuzcoana.

«La gente del pueblo —dice— habla vizcaíno o, como nosotros decimos, vasco, que es una lengua extremadamente



Estampa antigua de Viforia

difícil de aprender; sin embargo, la gente distinguida habla castellano neto».

Dejada Vitoria y después de pasar por Elorriaga, Arcaute y Larrea, se enfrentaron los viajeros con el inevitable paso de San Adrián, desde donde descendieron a Cegama, Villafranca y Toloseta. Hernani, Oyarzun e Irún fueron los sucesivos jalones de su paso por Guipúzcoa, hasta llegar al Behobia liminar. «Aquí —dice— cesa la jurisdicción española, pero los españoles pretenden que Vizcaya llega hasta Bayona».

Hasta ahora ha ejercitado la pluma de Venturino un designio geográfico. Muy interesante ciertamente, pero habremos de agradecerle que no se contentase con precisiones topográficas y se entañase en la observación del elemento humano, el hombre y su vivienda, de que nos da noticias muy estimables.

Las casas, según él, eran de madera de roble y algunas tenían ventanillas y celosías, de suerte que las ventas podrían parecer a los viandantes embarcaciones marinas. Quizá exageró el buen italiano en lo de considerar a la madera como elemento exclusivo de construcción. Teníamos canteros hasta para exportar y la piedra afloraba en cualquier hectárea de superficie, para que nuestros abuelos se contentasen con edificar sus viviendas a base exclusivamente de la también abundante madera de nuestros bosques. Pero antes, como ahora, la exhibición franca del entramado de madera impresionaría a los viandantes extraños induciéndoles a un leve error de apreciación.

«La gente nos resultó amable y bien educada, especialmente al quitarse el sombrero y honrar a los forasteros». Estamos, como se ve, muy distantes del picardo detractor.

Los hombres tocaban sus cabezas con «pequeñas gorras rojas» —¿Zumalacárregui a la vista?— y las mujeres se cubrían con esos turbantes que de tan capricho modo nos los han descrito e interpretado casi todos nuestros visitantes. Pero, tente, pluma, que esto no te compete.

Dícenos que «los vascos en su mayor parte pueden hablar castellano, pero degenerado, aunque comprensible». Un poco absoluta nos parece la afirmación, sobre todo, proyec-

tada hacia aquellos lejanos tiempos. Aún hoy encontraría el italiano no pocos monolingües cerrados en los caseríos rascacielos que cuentan por leguas su distancia de algún mediano núcleo de población.

El inevitable léxico, obra de un observador curioso, surge en la descripción. Y es muy de observar que, poco dados nuestros ancestrales a confiar a caracteres escritos sus expresiones vernáculas, hayan sido precisamente los extraños paseantes por nuestras tierras quienes han sentido el choque del idioma y han reducido a pauta leves muestrarios de la para ellos alucinante lengua de los vascos.

Ya para los tiempos en que posó Venturino por tierras euscarias, nuestra organización administrativa se había perfilado y había adquirido un mecanismo de complicada madurez. Sus observaciones, si no del todo exactas, responden a una consideración atenta y son toque de ensayo para aceptar como muy estimables sus interpretaciones de otro orden.

La máquina administrativa de Vizcaya residía, según él, en Bilbao y la de Alava en Vitoria; al paso que la de Guipúzcoa —nuestra acéfala Guipúzcoa— residía alternativamente en Toloseta, Segura —influencia errónea del gran predicamento de esta señorial villa— San Sebastián, Aispetia y Aiscoitia. Los vizcaínos hacían jurar sus fueros al rey antes de reconocerlo, de suerte que, si retrasaba por más de un año la prestación del juramento, no le reconocían por rey ni le pagaban tributo alguno.

No podían faltar las alusiones a la riqueza agrícola y manufacturera del país, y si la concordia de opiniones en personas tocadas de buena voluntad es piedra de ensayo de su exactitud, hay que convenir en que estos últimos viajeros decían verdad, ya que sus juicios resultan ajustadamente coincidentes.

Para Venturino, Guipúzcoa y Vizcaya tienen nada menos que exceso de madera y de hierro; pero el trigo escasea y los habitantes comen pan de mijo y beben vino de manzanas. En lo que no deja de insistir es en la abundancia de madera de todas las clases para la construcción de barcos. «Acá se construyen —dice— más barcos que en todo el res-

to de España y las gentes de acá son sumamente peritas en el arte de la navegación, así como muy endurecidas y expertas en las molestias marítimas y mejores que todos los restantes navegantes». No es parco, como se ve, el elogio de las cualidades marinas de los nuestros y se aproxima no poco al texto parejo debido a la pluma de Nebrija, para quien nuestros antepasados eran «los más instrutos» en cosas de mar.

Una leve alusión a nuestras ferrerías, de las que dice había más de trescientas en el país, completa la amable relación de Venturino.



11. - Idiáquez en la pantalla

1594 Hasta aquí se ha hablado siempre del concepto que para los extraños tenía el modo de ser y de conducirse de la colectividad de nuestros mayores. Eso es ciertamente lo que más interesa recoger, ya que las individualidades cuentan poco en el juicio de la historia. Sin embargo, ese juicio no puede ser tan absoluto, porque individuos hay que por su prestigio bien admitido o por su robusta personalidad, bien pueden ser investidos del carácter de representativos de su pueblo.

Tal es la figura de don Juan Idiáquez, el guipuzcoano que supo merecer la confianza de un rey tan poco dado a abandonarla a sus súbditos. Ocurría entonces, como no deja de ocurrir ahora, que los negocios de estado dormían el sueño de los justos en las secretarías de despacho. Y según expresa manifestación de Camilo Borghese, auditor de la Cámara Apostólica, que luego habría de ser Papa bajo el título de Paulo V, hubo un reverendo Carmelita que se atrevió a decir a Don Juan de Idiáquez «que los ministros del rey serían buenos para oficiales de la eternidad, porque procuraban perpetuar siempre los negocios».

Importa mucho esclarecer si el reverendo quiso envolver en la acusación a su propio interlocutor. El apelativo de ministro le convenía, sin duda alguna; pero el empaque de nuestro Idiáquez parece que había de contener su lengua, porque en los hombres encopetados no solía estar el horno para bollos ni eran gente muy sufridora de bromas, como éstas no fueran envueltas en frases muy áticas e ingeniosas.

Sin embargo, hay alguna razón para sospechar que la invectiva del religioso carmelitano iba directa a su interlocutor, ya que parecía flotar en el ambiente, sobre todo en el ambiente diplomático, ese concepto de la labor retardataria de los gestores de los asuntos públicos. Como que casi por los mismos años de la delegación de Borghese, el paisano de

este Contarini, al establecer un paralelo entre el portugués Cristóbal de Moura y el vizcaíno —léase guipuzcoano— Juan de Idiáquez, nos los presenta a ambos celosamente afanados en aconsejar sistemáticamente al rey que difiriese sus resoluciones siempre que ello pudiese hacerse.

«Don Giovanni —decía otro viajero diplomático— é poco prattico di maneggi et di governi; ma con tuto ciò, egli é quello che tratta e conclude ogni maggior e pui importante negotio di quella corte; et é quell che negocia sempre con gli ambasiatori».

Traduciendo con criterio libre y optimista lo antedicho, llegaremos a la conclusión de que Idiáquez, si no muy desenvuelto ni desenfadado en el uso de prácticas burocráticas, es el que, con la honradez de sus procedimientos, se imponía y llevaba la voz cantante en los dúos diplomáticos.

Ese era, como se ve, el juicio que en el ambiente diplomático se tenía de la flema del guipuzcoano, concepto que, al cabo, le es favorable, porque si el carmelitano la afeaba porque a él personalmente le desfavorecía, objetivamente considerada mas era digna de alabanza que de vituperio.



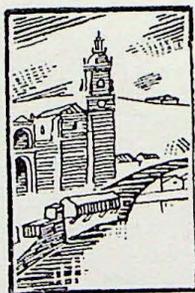
12. - El Doctor tudesco

1610 No podía ocultarse a la mirada perspicaz del Dr. Garate el tránsito por el País Vasco de cierto viajero que, a mayor abundamiento, era médico, el Doctor Gaspar Stein. Su relato no ofrece grandes novedades, como no sea la descripción psicológica de vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses que plugo a su pluma delinear.

Para él Vizcaya —que en otro tiempo se llamaba Cantabria—, Guipúzcoa y Alava tenían, además de la unidad racial, una unidad económica, ya que las tres eran abundantes en hierro y estaban bien pobladas.

Bilbao era la principal ciudad de Cantabria. Bermeo y Orduña merecen también su atención. Y más por defecto informativo no del todo vituperable, que por ansia de imperialismo que no pudo sentir, hace vizcaínas las villas de Laredo y Oñate.

La metrópoli de Guipúzcoa era Tolosa. Junto a ella menciona a Motrico y a Placencia. Obsérvese que la Villa armera ejercía una especie de espejismo en todos nuestros viajeros. Más atrás vienen las referencias a Deva, Orio, San Sebastián, Pasajes y Fuenterrabía. Pero no se vaya a creer que la mención de la hoy capital guipuzcoana vaya a quedar diluída en la masa poco menos que anónima de las restantes poblaciones citadas: para el viajero era San Sebastián «gran municipio, rico en comercios, con un puerto seguro y dos fortalezas».



Vitoria era indiscutiblemente la metrópoli de Alava. Y las poblaciones que a sus oídos sonaron como más importantes dentro de la provincia eran Salvatierra y Treviño. Bien se advierte que el viajero no tuvo confidentes burgaleses.

«Los vizcaínos —dice— son elegantes, afables, alegres;

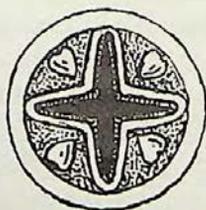
sostienen relaciones comerciales con franceses, ingleses, belgas y alemanes».

Esas atribuciones de carácter y modo de ser podrían ser hoy suscritas sin grave reparo por quienquiera que nos quisiese dar en comprimido la esencia de las ricas calidades vizcaínas.

«Los guipuzcoanos son ingeniosos, ilustrados, valientes, ágiles, defensores acérrimos de sus privilegios, diestros en el manejo de las armas, fáciles de atraerlos y sedientos de grandeza». No parece tampoco mal visto el cuadro, aunque quizá haya exceso de tintas.

No nos dice nada de los alaveses, pero éstos pueden tomar para sí cualesquiera de las observaciones asignadas a vizcaínos y guipuzcoanos. En fin de cuentas son elementos de composición que, en mayores o menores dosis, entran en el complejo vasco.

«Los cántabros —afirma finalmente el médico viajero— son avezados en cuestiones marítimas, destacados soldados de mar y tierra. Habitando junto al mar, se dedican a la navegación y a la pesca, en especial a la de los peces que llaman *bacalaos*».



13. - El Venerable Bel

1633 El malogrado capuchino, Padre J. M. de Elizondo publicó con gran aparato crítico en la Revista Internacional de los Estudios Vascos, un fragmento del viaje que en 1633 realizó por nuestro país el Venerable Fray Francisco Bel, personaje inglés que padeció martirio por la fe.

Llamóse en el siglo Arturo Bell y procedía de familia noble y estudiosa, ya que su padre fué graduado de Oxford. Su acendrada piedad le llevó a la celda de un austero convento franciscano, y su adhesión al *poverello* y a cuanto representaba, fué tan sincera que le indujo a rechazar cierta protección muy estimable en aquellos tiempos de dura persecución, sólo porque llevaba aparejada una reclusión incompatible con sus ansias de apostolado.

Tiene el diario de su viaje un grato sabor de ingenuidad, de esa ingenuidad franciscana tan amable que hace de cada fraile un poeta imitador de aquel trovero incomparable que llenó de fragancias la dulce comarca de Asís.

Las Ventas de su paso eran otros tantos Conventos franciscanos de que tan repleta se hallaba nuestra tierra, y menudean las menciones hacia esos centros de oración.

Ya en lo que él llama la «Biscaya Francesa» se enfrentó con la espina vasca: «la gente habla lengua diferente de la de Gascoña y no nos entendían preguntando por el Convento».

Una observación surge en su relato que ha de reproducirse con insistencia en los relatos de otros viajeros. Le extrañó —no podía menos— la circunstancia de que los menestrales vistieran, en sus momentos de ocio, como caballeros.

Llegó «al río que parte la Francia de la España». Tuvo que pagar al barquero, porque «no era niña bonita». Pero no se enfadó por eso: era de justicia pagar el esfuerzo que supusiera al barquero transportar la embarcación por la anchu-

ra del río, cuya dimensión sería «no cuatro veces la largura del barco».

Irún, por otro nombre Santa María —¡oh, prestigio de la Virgen del Juncal— se le ofreció a la vista, mostrándole «una estatua de Nuestra Señora, llamada Santa María de Yron», con lo que se dió por satisfecho su espiritual apetito mariano.

En Rentería observó que las calles tenían losas, detalle que no era por aquellos tiempos tan intranscendente. Y San Sebastián le brindó el hospedaje de su convento de Recoletos «fuera de la Villa». El tal Convento era muy acogedor «y, si tuviera otros dos cuartos, como los que tiene, fuera, muy magnífico». En la todavía entonces Villa prestigiosa de Guipúzcoa topó con granada gente de su tierra. El señor «Souch o Roper», clérigo, y don «Richarte Regerson» le «convidaron a un pernil y cerveza y queso de Ynglatierra», con lo que pudo abrir un paréntesis en las frugalidades conventuales.



En Tolosa, que ya no es Toloseta, le acogió también el severo Convento, obra de Fray Miguel de Aramburu, seguidor de las frialdades de Herrera. Y, pasando por Villafranca, Segura y Cegama, llegó a encararse con el imponente paso de San Adrián. Allí atravesó el túnel, «puerta por la cual ha de pasar por fuerza cualquier hombre o bestia que por aquella parte quiere entrar en España».

«Debajo de aquel peñasco —sigue diciendo el Venerable Fray Bel— hay taberna y se halla para comer y beber todo lo que ha menester un hombre. La taberna es del Rey y coge cierta renta de los arrieros, tanto por cada mula que entra o sale». Y una nota marginal nos descubre la proximidad del Convento de la excelsa patrona de Guipúzcoa, a cuyos pies no pudo postrarse, mal de su grado, el mártir inglés: «Dejando este camino ordinario —dice— se halla otro muy áspero que lleva a «Arançassu», Convento de San Francisco muy bueno entre las sierras.

Le sorprende extraordinariamente la abundancia de nieves por el lado de Alava, en contraste con la parvedad de las observadas en el lado guipuzcoano. La nieve se convierte en tema obsesivo de su relato. Véase: «Al subir el monte, pocas *nieves* vimos, si no era a los lados... Pero a la salida, por la otra parte, no se veía otra cosa que *nieves*: la puerta tapada de *nieves*, y en todo aquel lado por donde bajamos, apenas se hallaba caminõ; todo era *nieve*, de suerte que a los más pasos caímos en *nieves* hasta las rodillas y muchas veces más alto».

En Vitoria reposó en el Convento cuyo derribo no pudo impedir la fraterna Comisión de Monumentos de Alava, a pesar de sus esfuerzos. Era el tal Convento, al decir de Fray Bel, «suntuoso, adonde hay en la iglesia, muy lucida, cuerpos de los compañeros de nuestro Padre San Francisco; dos, si no me engaño; algunos sé de cierto que los hay. Vitoria es cabeza de la Provincia de Cantabria, y allí se celebran todos los Capítulos Provinciales, como a este tiempo se había celebrado».

El Convento de Puebla, «pequeño y como eremita» fué el último hostel que acogió al Venerable en territorio vasco. En él, a pesar de sus angosturas, le «hicieron caridad los Frailes Recoletos aquella noche».

No sabían sus hermanos vascos de paño que el dulce fraile inglés había de ser ahorcado, andando el tiempo, víctima de su ardorosa adhesión a la fe católica y que extraído de su cuerpo el corazón, aquél había de ser hecho cuartos. Ello ocurrió en Londres en 1643. Del suceso queda alguna bibliografía en lengua inglesa.

14. - El Duque sibarita

1649 Edward Hyde, Duque de Clarendon, fué otro de los viajeros a quienes no se les hizo amable la estancia en nuestro territorio. Era, a lo que parece, un «bon vivant» y se pagaba mucho de confortaciones suntuarias que le hacían echar de menos comodidades que en su espléndido hogar inglés poseía.

Desde Donostía escribió una carta a su esposa, en la que le denuncia las incomodidades que tuvo que soportar para viajar en un país quebrado, poco propicio para transitar por él en coches ni literas, como si antes de él no hubiesen utilizado esos vehículos otros viajeros. Menos mal que hace la concesión de estimar corteses a los naturales.

El tal viajero no podía hallarse resentido, en efecto, por el recibimiento que se le hizo, ya que se congregaron para darle la bienvenida el Corregidor y los magistrados y nobleza de la ciudad, y hasta la artillería disparó salvas en su honor. Por contera, la casa en que se le alojó era la mejor de la ciudad, «tan buena le decía— como ninguna que hayas visto.

En lo que afloró el malhumor del viajero, a quien no por ello se puede calificar de detractor nuestro, es en la circunstancia del frío que hubo de soportar en su hospedaje, a pesar de que había leña, y por otra parte, a él no le faltaba el dinero necesario para adquirirla. Pero ¿qué hacía con la leña, si no tenía dónde quemarla, a menos que hiciese arder su habitación y aun la casa entera? No se encontraba, en efecto, ni una sola chimenea. Y el conflicto se agravaba por el detalle, nada insignificante, por cierto, de que estaban igualmente ausentes los vidrios que cerrasen las ventanas sin detrimento de la claridad. Y a todo eso, el frío pelaba las narices y era de tal categoría que sólo había padecido uno similar en Amberes. ¡Pobre Duque de Clarendon! Con



el tiempo nos iríamos corrigiendo y hasta llegaríamos a inaugurar un flamante Hotel d'Angleterre.

A todo eso, llovía, llovía «en el grado más extremo» que podía imaginarse su dulce esposa. Y siguió lloviendo sabe Dios hasta cuándo.



15. - La Madama aventurera

1649 Ya tenemos en escena a Madame d'Aulnoy. Es quizá la dama más popular entre las que han pisado territorio vasco. Pero... ocurre que se han suscitado dudas no desprovistas de serios fundamentos sobre la autenticidad de su relato. Se observan errores y hasta contradicciones; pero vaya usted a



llevar la cuenta de los errores a los viajeros que generalizan lo particular con notorio desenfado; que *patinan*, aunque su viaje no se realice en invierno; que no saben ahogar los resentimientos nacidos al calor de una vejación real o aparente. Así es que, mientras no se aclare la cosa, la Madama de campanillas visitó nuestro suelo.

Mujer, al cabo, son las figuras femeninas y sus acciones las que observa quizá con más atención. Por eso nos aduce datos y representaciones que no podíamos sospechar y que son nuevos motivos de recelo. ¿Qué significa aquéllo de que las bayonesas se hagan acompañar, como si fuesen falderos, de cochinitos más o menos relamidos? ¿A qué puede referirse su alusión a una problemática república de mujeres en territorio guipuzcoano?

Sabido es que las bateleras de Pasajes han ejercitado la pluma de los literatos, sin duda porque su atavío, su destreza y el vigor de sus brazos eran motivo suficiente para hacer correr las plumas sobre el blanco papel de las cuartillas. Incluso en cuadros plásticos de animada vivacidad ha surgido el tipo de la batelera al socaire del romance popular: «Markesaren alaba interesetatuba, marineruarekin enamoratuba...» Y el mismo Bretón bautizó una de sus producciones con el título de «La batelera de Pasajes», con lo que expuesto queda el asunto de su pieza teatral.

La aventurera Madama no podía ser insensible a esa su-

gestión. Su imaginación que tanto voló en otras ocasiones, aquí pareció ajustarse a una directa y honrada observación de la verdad.

«Estas mozas, —dice, refiriéndose a las bateleras— son altas, de cintura delgada y color moreno, sus dientes son blanquísimos y admirables, su cabello negro y lustroso como el azabache, trenzado y rematado con lazos de cinta, cayendo abandonado por la espalda. Llevan sobre su cabeza una gasa fina bordada en oro y seda, que rodea su cuello, cubriendo la garganta; usan pendientes de perlas y coral; una especie de jubones con mangas muy estrechas como las de nuestras bohemias; su aspecto agrada y seduce».

No nos atreveríamos a poner la mano en el fuego sobre si esa descripción de tan delicados atavíos se ajustaba exactamente a la realidad de las cosas, pero algo tendrá el agua cuando la bendicen, y, salvo prueba en contrario, demos por buena la descripción.

«Dícese —continúa— de esas marineras que nadan como peces y que no admiten en su particularísima sociedad a otras mujeres ni a ningún hombre; constituyen una especie de pequeña república independiente, adonde acuden siendo muy jóvenes las filiadas, cuando no las acompañan sus mismos padres destinándolas a tal oficio desde niñas».

Eso de la república independiente daría mucho que pensar, si el contexto no advirtiese claramente que se trata de una expresión metafórica que no da margen para especular sobre la existencia de un efectivo organismo de características especiales.

16. - Un abate a la vista

1660 Conviene antes de pasar adelante decir lo que se entendía comúnmente por *abate*. Por aquí, el término de Abad antepuesto al nombre nos da la estampa de un sacerdote venerable, incluso encargado de la cura de almas de algún distrito eclesiástico. Particularmente en la zona guipuzcoana afecta a la diócesis de Calahorra, se designaba a los párrocos con esa expresión interpuesta entre el nombre y el apellido, de suerte que quien no esté en ello iniciado corre el riesgo de asombrarse de la existencia de tantos apellidos *Abad* donde menos pudiera sospecharlo.

El Abate francés no era muchas veces sacerdote; es más: no lo era en la mayoría de los casos. Sucede en esto algo parecido a la denominación de *clérigos* referida a los investidos de tonsura eclesiástica, pero no ordenados de órdenes mayores.

En uno y otro caso conviene determinar bien el apelativo, porque los tales clérigos y abates no eran frecuentemente un modelo de regularidad de vida y se corre el riesgo de extender a los sacerdotes un concepto peyorativo que tan sólo se refiere a gentes que han iniciado un estado eclesiástico a la caza de un pingüe beneficio, pero totalmente ayunos de vocación eclesiástica.

Tal es el caso de nuestro abate en quien se observan las desenvolturas y aun las desvergüenzas de los petimetres, mejor que las austeridades de los ungidos del Señor. Poeta aficionado a madrigales, se divertía y cortejaba a más y mejor y ponía en todo una nota frívola indigna de los hábitos que vestía sin propósito probablemente de ascender al orden sacerdotal.

El «gentil madrigalier», que así era conocido nuestro personaje, llegó hasta San Sebastián en 1660. Allí se dió cuenta de que las muchachas eran en su mayor parte más hermosas, más limpias y mejor vestidas que en Francia. Vió

a una de ellas con un talle tan grácil y tan majestuoso a la vez, que confiesa que de no haber contemplado más que su cuerpo y su cara, ocultándose el cesto que llevaba sobre su cabeza, hubiese jurado que debería tocarse con una corona. Después de esto, nadie juzgará que le fuera incongruente el calificativo de campeón del madrigal.

Encontró por otra parte los caminos bien enlosados y bien protegidos en los parajes peligrosos y las fuentes muy limpias y ornamentadas y los puentes guarnecidos de protectores pretils. «En fin —dice— tout y fait son devoir». ¡Qué lejos estamos de su paisano picardo!

En cuanto recibió alojamiento, pudo contemplar desde el balcón de su habitación un centenar de hombres vestidos de blanco danzando con espadas y con cascabeles en las piernas, de suerte que cada extremo de espada reposase en la mano izquierda de su camarada. Danzaron después cincuenta muchachos al són de panderetas («tambours de basque»), y grandes y chicos aparecían encubiertos con caretas de papel o pergamino o con velos traslúcidos. Siete figuras de reyes moros escoltadas por su respectiva dama, con más un San Cristóbal por detrás, formaban en la comitiva. La altura de estos figurones llegaba a los segundos pisos de las casas y sus cabezotas venían a ser tan grandes como un tonel. Di-



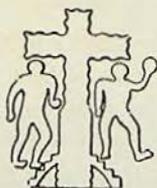
jérase que veinte hombres no serían capaces de moverlos y, sin embargo, bastaban dos o tres para hacerles bailar. Tenían su armazón de acero y se revestían con tela pintada. Venían también en la pintoresca comitiva diez o doce artefactos grotescos llenos de marionetas. Entre ellos recordaba el abate un dragón y un ballenato sobre el que se contorsionaban como posesos dos hombres.

El abate —admiremos su espíritu de observación— se dió enseguida cuenta de que todos aquellos hombres, como en general todos los españoles de más de veinte años, fuesen horteras o zapateros, no abandonaban las espadas ni los puñales más que para acostarse,

El frívolo abate, que debía de andar mariposeando en torno al séquito de los príncipes de uno y otro reino venidos bodas y a paces, retornó a San Juan de Luz con un buen sabor de boca.

El vió después, en calidad testigo presencial, cómo llegó a la isla de los Faisanes la reina de Francia con «monsieur». Vió también cómo llegaron momentos después el rey de España con el infante. Por cierto que jamás vió en sus días embarcación mejor enjoyada que la que les condujo. El cronista, ducho en el arte del madrigal, obtuvo de su paleta brillantes colores para pintar el cuadro conmemorativo de las paces y las bodas.

No interesan aquí tales galas suntuarias, porque no es nuestro intento traer a comparecencia cronistas de sociedad, sino reporteros de la vida popular. Y al galante Monsieur de Montreuil se le fué la pluma tras de las cabezas empenachadas.



17. - «Uno que acaba de venir de allí»

1700 En 1700 dimos qué hacer a las prensas impresoras inglesas y alemanas. Ya antes se habían ocupado de nosotros, pero no tan amorosamente. Este adverbio hay que interpretarlo cumplidamente y no es el amor sino el interés por los nuestros el motor de las plumas ejercitadas en aquella ocasión.

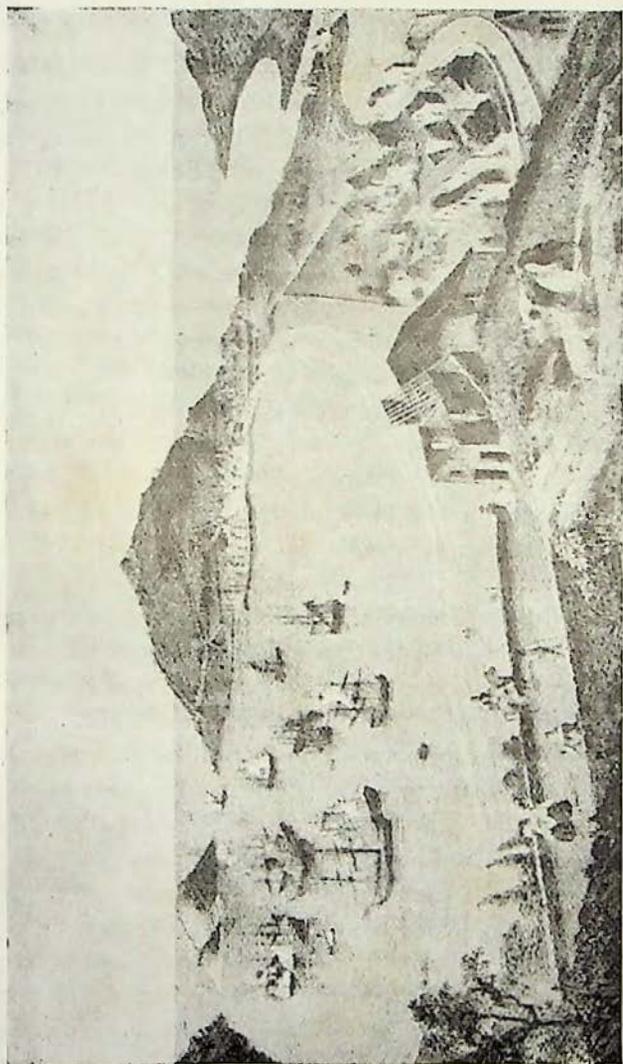
Vamos con el inglés que, al cabo, nos dedicó todo un libro, siquiera el libro fuese enteco y su asunto muy limitado: San Sebastián.

«Uno que acaba de venir de allí» es el seudónimo que oculta al autor de una Descripción de San Sebastián (An Account of Saint Sebastian). El tal libro contiene noticias muy curiosas y alusiones muy impertinentes. Era su autor inglés y, por de contado, protestante. Y ya sabemos cómo las gastan los protestantes cuando enjuician a los católicos.

Para el anónimo inglés San Sebastián es «una ciudad libre, a manera de República». Hay que alambicar mucho estos conceptos para extraerles su jugo sustantivo. Quizá la carta-puebla de Sancho el Sabio le alucinó. Quizá llegó a saber que, durante algún tiempo, San Sebastián pudo alardear de ciudad libre al no hallarse incorporada a la hermandad guipuzcoana.

«La provincia de Guipúzcoa — dice — goza de grandes prerrogativas y no obedece a las órdenes reales cuando éstas son contrarias a sus privilegios y libertades».

El mecanismo de las Juntas entretiene algo su pluma, la cual *patina* a veces sobre el papel; pero en lo fundamental está atinado. «Cuando el rey pide a la provincia — dice — un cierto número de hombres para servir como soldados en el ejército de tierra o en la marina, el Corregidor transmite las órdenes reales a la provincia e informa a la Diputación. Los diputados contestan que, tratándose de un pueblo libre, no se puede obligar a los guipuzcoanos a que abandonen sus



Estampa antigua de San Sebastián

hogares para servir al rey. En cambio, si les parece que la demanda no es contraria a sus libertades y derechos, entonces, muy cortésmente, sin oposición alguna, permiten que el rey dé la orden de redoblar los tambores».

La formación del gobierno de la ciudad de San Sebastián arranca a su pluma comentarios no del todo desafortunados. Estima que el procedimiento de elección es limpio, pero afirma que suele existir interés y parcialidad. «Se hace que entren los amigos, que generalmente son muy pobres, en la magistratura, con desprecio de la industria y de las artes». Dice luego, con evidente juicio de resentido, que los alcaldes «se aprovechan para explotar, lo mismo a sus compatriotas que a los extranjeros —*aquí asoma el inglés*— y esto lo hacen a la faz del mundo y sin ningún escrúpulo».

Describe con cierta minucia a San Sebastián. Y, al referirse al castillo, trae la referencia de ciertos españoles que decían a quien quisiese creerles —entre ellos no se contaba el inglés ni tampoco nosotros— que Carlos I afirmó «que reconquistaría toda España si sólo le dejaban el castillo de San Sebastián».

Nos habla del confinamiento extraño de un cierto prócer español en la isla de Santa Clara. Y nos dice que los prácticos se introducen, quieras que no, en las naves que aportan a la capital guipuzcoana y cobran lo que les da la gana.

¿Cómo se comportaban los donostiarras por aquella época? ¿Cuál era su modo de vivir? Por lo que nos dice, la gente distinguida, la de buena sociedad, era madrugadora y no salía a la calle, sin haber vaciado su buena jícara de chocolate, «aunque su casa ardiera». Las mujeres, antes de ir a la iglesia, se emperifollaban a conciencia. Después de la misa, iban los hombres al muelle, como los buenos donostiarras de todo tiempo, y de allí al centro de la ciudad. A las doce en punto, invariablemente, se disolvían las tertulias, aunque para ello hubiera de truncarse una frase o interrumpirse una historieta.

El «prandio» de los donostiarras no era del todo despreciable: caldo de carne con migas de pan, servido en cazuelas de barro; a continuación, carne asada y cocida, por

ese orden; y por último, postre. Ello sería rociado con vino, aunque no lo dice, o con la sidra barata a que alude, ya que en todo el país «abundan las manzanas dulces y muy grandes». Importaban trigo del Sund, de Berbería y aun de Inglaterra, aunque hubo tiempo en que hubieron de hacer el pan con harina de castañas; conejos, buenísimos, de Navarra; y, finalmente, excelentes perdices rojas, de Aragón.

La pesca es abundante y fácil, siempre que el estado del mar lo permita. Cuando sopla el áspero noroeste, las olas se encrespan hasta llegar a la cima de la isla de Santa Clara y, en la bahía, «el mar sube por encima de las murallas cuarenta pies, y a veces más».

Afirma, como ya lo insinuó otro viajero anterior, que los pescadores, cuando vienen de la faena, toman las capas de manos de sus mujeres y se ciñen los espadines, con los que se pasean por la ciudad. Entre tanto, sus consortes arman en el mercado la gran algarabía. Pescadoras y vendedoras de manzana «siempre andan a la greña, se abofetean a conciencia y no vuelven a ser amigas en una semana». El idioma que emplean es el vasco «tan diferente del español, como el galés del inglés».

Describe cómo son las casas, cómo se juega a la pelota y a los bolos y cómo se pasa el tiempo en invierno y cómo a veces el alcalde adelanta furtivamente el reloj por la noche para permitirse cierta exacción irregular. Los bailes, con el siempre presente chistu y el afán carnavalero manifiesto en la mascarada de los toneleros, da amenidad al relato. Unas inconveniencias antihistóricas sobre costumbres sueltas de los donostiarras, completan el cuadro descriptivo.

El comercio —el inglés debió de ser marchante— ocupa mucho la pluma del anónimo autor. El nos dice que el principal comercio de la ciudad se realizaba sobre el vino, el hierro y el aceite; que las ferrerías estaban cercanas y que los estañeros ingleses de Cornualles recibían de Donostia los troqueles y otros utensilios que empleaban en sus labores. Las mercancías, exceptuado el hierro, eran transportadas en narrias arrastradas por bueyes. El negocio más importante era el del vino. Los vinos españoles invadieron el mercado

de Inglaterra, cuando el Parlamento puso cortapisas a la introducción del vino francés. San Sebastián, Pasajes, Fuenterrabía y Guetaria se beneficiaron ampliamente de la medida, hasta el punto de que se podían ver en San Sebastián «cientos de mulas cargadas con vino en pellejos de piel de cerdo».

Las pesquerías de Terranova no estaban ya en su posición más alta. Algunos barcos iban hacia el norte a la pesca de la ballena. «A veces —dice— suelen cogerlas a la vista del Castillo, y, a este efecto, tienen, en ciertos meses del año, un hombre a sueldo con la misión de vigilar continuamente desde la cima de un monte situado entre San Sebastián y Pasajes».

Tal es, en resumen, el libro que «uno que acaba de venir de allí» dió a las prensas en Londres por los años de 1700 y que ha traducido recientemente don Manuel Conde López.

Entre diatriba e impertinencia, afloran observaciones no desprovistas de interés y no del todo ajenas a la verdad.

¡Algo le hicieron los alcaldes que no se atreve a decir!
¡Algo tal vez hizo él a los alcaldes o al fisco a que servían, y no sería materia confesable fuera del confesonario que no frecuentaba «el que acababa de venir de allí».



18 - ¡Los tórculos de Leipzig!

1700 El germano que en 1700 publicó en la casa Seidel de Leipzig una descripción de España, no trotó por nuestras tierras; pero se sirvió de la experiencia de viajeros, cuyas huellas es fácil advertir en la relación. Hay que confesar que, si los datos no son del todo despreciables, la toponimia local le fué absolutamente esquiva. Guipúzcoa es Aquipiscoya, Urola es Verola, Urumea es Gurummea, y ¡basta ya de grafías pintorescas!

No había viñas nos dice por centésima vez. Pero se bebía una bebida de manzanas, que llama silvestres, porque el informador no tuvo cuidado de observar los mimos que nuestros caseros de entonces, como los de ahora, procuraban a sus muy cultivados frutales.

El túnel de San Adrián no podía estar ausente en la descripción. Era inevitable el paso e inevitable también la referencia de él. «No lejos de Vitoria —se lee— está el famoso monte de San Adrián, por el cual, lo largo de un tiro de flecha, atraviesa el camino; esta cueva es delante tan estrecha, que no puede ir por ella más de un mulo, pero en el medio es algo más ancha y dentro se encuentra una fuente, una taberna y una capilla; es oscura y se alumbra con teas, pero a la salida, que cierra una puerta, se ve la luz del día por arriba; ante la puerta conduce el camino a España sobre la cumbre del monte que es tan alto, que no sólo se ve el cercano Mar Cantábrico, sino también de lejos el Mediterráneo», perdonemos al germano por habernos descubierto un *Mediterráneo* en gracia al colorido del relato. (1)

Alava, para el tudesco, es rica en grano y vino, lo que no concuerda con sus expresiones anteriores. Vitoria, la capital de lo que llama el Condado de Alava, estaba rodeada de dos muros: uno antiguo y otro no tanto.

(1) Aquí se le ve al editor súbdito de la relación de Vasco publicada por Braunio en Amberes y en 1576.

Nos enteramos de que Placencia es la ciudad principal de «Guipiscoya»; de que Rentería cuenta con bonitos edificios y con pavimento limpio; de que existía «Fuent Arabia», sin una palabra más que nos la describiese; que «Matrico» era una ciudad con castillo sobre un monte; que Segura era una pequeña ciudad con minas de hierro y martinetes en su proximidad: y que Tolosa o Toloseta era una modesta ciudad con dos puentes y muchas forjas.

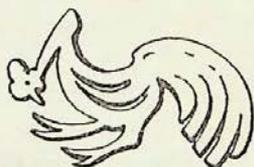
San Sebastián, «vulgarmente Donastien, porque antes se llamó Don Bastián» —alarde etimologista muy atinado— es objeto de una minuciosa descripción, a pesar de no ser, por lo que antes dijo, la principal ciudad de «Guipuscoya». Describe la bahía, los terribles vientos que la azotaban, el fondeadero no del todo seguro y «el puerto espléndido, profundo y cerrado con dos diques de muralla que hacen la entrada tan estrecha que no puede entrar ni salir más que un barco a la vez; junto a esta entrada está una gran torre cuadrada sobre la que en todo tiempo hay una fuerte guarnición que ha de guardar a la ciudad y al puerto de un inesperado ataque». Las calles son largas, anchas, enlosadas con grandes piedras blancas que ajustan bien y siempre limpias. «Las casas son hermosas, las iglesias bien edificadas, los altares de madera hasta la bóveda y con lindas tablillas de una mano».

Bilbao, capital de «Biscaya» tenía mucho tráfico por ese año de gracia de 1700, y en sus muelles había depósitos de comerciantes españoles, ingleses, franceses y holandeses. El aire era sano y templado, la tierra era abundosa y llena de grano —no se referirá al trigo—. Y no faltaban naranjos, limoneros, granados y otras frutas que hoy echamos de menos. Nos parece estar leyendo a Zaldivia en una proyección vizcaína.

«Bermeo es tan rica en naranjas, que por un maravedí de cobre se pueden comprar tantas que apenas puede llevarlas un mulo». Después nos cuenta que «Vermeo o Vermeja» está arriba junto al cabo Machichaco».

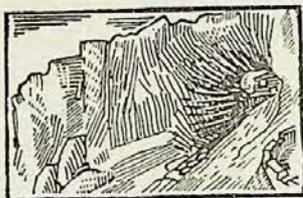
Dice que los españoles tienen un alto concepto de la lengua castellana «y la tienen por la más antigua hasta creer que Dios en el Sinaí habló con Moisés en castellano». Aquí

debe de haber una confusión, porque a nadie, que sepamos, se le ha ocurrido sustentar tan peregrina teoría, sostenida tan frecuentemente en cuanto al uso paradisíaco de la lengua vasca.



19. - El «doble» de Aymerico

1726 Guillermo Manier era picardo y peregrino como el inefable Aymerico. Son demasiadas coincidencias para que deje de comparecer aquí, ya que viajó también por nuestro suelo. Don José Berruezo, autor de un delicioso itinerario pintoresco a través de la historia de San Sebastián, nos ha puesto en contacto con el simpático Manier.



No tuvo dificultades de aduana, aunque las tuvo de idioma, porque no conocía el español y el euscara le parecía más complicado aún que el alemán. Llegó con otros tres compañeros a Santa María de Irún. Allí observó la extraordinaria belleza de las mujeres contrastada con la horrible fealdad de los hombres.

Después de zig-zaguear con cierta inverosimilitud tuvo la mala suerte de ser aprehendido en Hernani por quienes pretendían hacerle voluntario del ejército a la fuerza. Salió con bien del percance y, pasando por Andoain, Villabona, Toloseta —otra vez revive esta grafía—, Alegría, Icazteguieta, Legorreta, Isasondo, Villafranca, Beasain, Yarza y Segura, se enfrentó con la clásica subida a San Adrián y con su tenebroso túnel, asombro de viajeros.

Le pareció la montaña de San Adrián una de las más altas del mundo y eso que no era provenzal. Contempló el túnel, la capilla y la taberna o venta y descendió después por camino rodeado de precipicios por todas partes.

Vitoria, adonde llegó al fin de la jornada, le sorprendió por dos fuentes monumentales de su plaza, altas de seis a siete pies. En cada una de ellas había seis surtidores que vertían su agua sobre la pila. Había encima un león que se asentaba sobre sus patas traseras y sostenía en sus delanteras

las armas del rey. Sobre un portal de la ciudad, se veía a un rey en su trono y empuñando una espada.

Los viajeros, que no mantuvieron la mejor armonía en todo el curso del viaje, salieron de Vitoria y se dirigieron a Miranda, dejando atrás a nuestro país.

Este picardo de ahora era de mejor temple que el de marras. Y no se venga a decir que aquél tenía motivos de resentimiento por la importunidad y por la inoportunidad de los avarientos alcabaleros. Motivo por motivo, más impele al resentimiento el que a uno le quieran hacer por la fuerza soldado del rey, y de un rey ajeno por contera, que el hecho de que le aligeren los bolsillos con la imposición de unas gabelas que, por los siglos de los siglos se han cobrado y se siguen cobrando más o menos religiosamente en todas las fronteras.

Lo que pasa es que hay que haber nacido elegante para serlo en todos los sucesos de la vida, y Manier nació así, como Aymerico nació rastacuero.



20. - El inglés turiferario

1775 Los ingleses tienen la pasión de los viajes. Tienen también tendencia al buen gobierno de su cuerpo y resultan por todo ello perfectos críticos en el enjuiciamiento y observación de los pueblos que recorren.

No era excepción en su clase el caballero Swinburne, quien recogió en un libro, que no gustó al naturalista Azara, las impresiones que fué experimentando en su viaje por España.

Apenas puso pie en territorio alavés, dijo adiós —son palabras suyas— a todos los malos caminos y detestables posadas y se le abrieron las vías más hermosas que cabe imaginar. Tan perfecto le parece todo, que cuando observa una estrechez de camino, acude enseguida al quite de la justificación para hacer ver que ello es excusable por la fragosidad del terreno. En vez de las colinas calvas, ve ahora cultivos bien estudiados; en vez de panoramas desolados, gentes de aspecto risueño; en vez de sucias posadas, casas limpias con buen ajuar; en vez, finalmente, de abominables caminos, excelentes vías y seguros puentes.

La primera posada en que aposentó sus huesos estaba deliciosamente acostada a orillas del Zadorra. Ni qué decir tiene que entona laudes al gusto de las muchachas del patrón, a la urbanidad exquisita de éste y a la pulcra limpieza que se advertía en toda la casa. Ya camino de Vitoria, se sorprende por la fertilidad de las llanuras que le parecen las más hermosas de Europa. Admira la multitud de graciosas aldeas que cubren las pequeñas elevaciones del suelo y los majestuosos bosques que se advierten por doquier y tiene una expresión de simpatía para el alborozo de las gentes que volvían del mercado.

Le parece que Vitoria hace una buena figura sobre una colina; pero advierte que las calles son estrechas y tristes —¿por qué se habrá quebrado su entusiasmo?— «por haber-

se empleado —dice— piedra de color muy oscuro en la construcción de las casas».

Sale de Vitoria y enfila hacia Arlabán. Allí se encierra en bosques frondosos de robles, hayas y castaños. No deja de observar que por estas tierras se tiene el mismo cuidado que en los Pirineos franceses por la salvaguarda de la riqueza forestal: si se derriba un árbol, se le sustituye con un plantón.

Pasa por Salinas, «pueblecillo habitado por los operarios de las ferrerías» y penetra en el mismo corazón de las montañas. Se da entonces buena cuenta de que el paso sería impracticable a causa de los bruscos desniveles de terreno, si la industria de los hombres de la tierra no hubiese suavizado las curvas y no hubiese puesto su atención en conservar y reparar los caminos... Ve cimas coronadas de bosques y abundantes en buenos pastos; laderas cultivadas robando con usura terrenos al monte, y valles cuajados de aldeas, ferrerías, huertas y jardines. Gracias a la madera que se extraía de los bosques y al hierro fundido en las ferrerías, el bienestar era general y los pueblos se veían con buenas casas edificadas «por aquéllos cuya industria y cuyos negocios han sido premiados por el éxito».

«Después de serpear a todo lo largo de un valle encantador por espacio de varias horas —dice— escalamos una alta cadena de montañas para salir al puerto de Villarreal», que sería seguramente el de Descarga. Tolosa le sorprende por su gran densidad de población. «El paisaje —exclama en su briosa apología— es por cualquier lado divino, y a los que más se asemeja, de cuantos hemos contemplado en el curso de nuestros viajes, es a los de La Cava en el Reino de Nápoles, y a los de Tívoli en los Estados Romanos».

La frontera aguarda ya a nuestro amable viajero. Pero antes ha ganado la cima de una colina «desde donde divisamos —dice— el golfo de Vizcaya, Fuenterrabía, Hendaya, el cauce del Bidasoa, la provincia de Labourd en Francia y la cadena de los Pirineos. Perspectiva más deliciosa no existió jamás, ni siquiera en la imaginación de Claudio de Lorena». No nos dice en tan cumplido elogio cuál fuera ese paraje de

ensueño, pero sería el alto de Arkale en tierras de Oyarzun, cuyas circunstancias coinciden con las del relato.

Hemos olvidado decir que al caballero inglés le parecieron los vascos «fornidos, bravos y coléricos», como le parecieron los mejores marineros de España y miembros de una valerosa raza de soldados.

Les digo a ustedes que el caballero Swinburne nos desquitó con creces de las diatribas de los viajeros rencorosos que tanto enfurecieron a nuestro sabio amigo don Telesforo.



21. - Bowles, el naturalista

1775 Bowles era naturalista convicto y confeso y, por eso, el viaje que hizo por tierras vascas para documentar su «Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España» contiene casi exclusivamente noticias referentes a esas disciplinas.

Pero, fino observador, al cabo, no pudo desatender otros aspectos del paisaje y del paisanaje que estaba descubriendo, y así fué entreverando noticias que no tienen un interés escaso para nosotros.

La gente nuestra le parece muy agradable y «agasajadora» con los forasteros a quienes «lejos de dar vaya» les obsequian con flores y frutos.

Dice que es muy raro encontrar una persona embriagada y atribuye el hecho no a que los naturales no beban, porque bien advierte que ingleses y alemanes son más sobrios que muchos vizcaínos que él vió, sino a que antes de beber comen abundantemente. Los médicos, según él, vivirían aquí ociosos, si no fuese por los achaques que se derivan de la intemperancia en el comer y el beber.

No vió ninguna casa caída ni abandonada, sino muchas nuevas y no mal construídas, de lo que deduce que, a pesar de la densidad de la población y de los muchos que emigran a otras tierras, la población crece incesantemente.

«Aunque también salen algunas mujeres —dice— no son tantas, ni con mucho; y quedándose allí pocas sin casar, se puede inferir que nacen más hombres que mujeres».

Admira en Vizcaya la llaneza con que los hacendados tratan a sus vecinos de clase inferior, «pues aquellos naturales, por temperamento y por educación, tienen cierta especie de altivez y de independencía, que no les permite aquella sumisión a los ricos que se usa en otras partes. Allí se verifica el proverbio de que *la pobreza no es vileza*, pero no confunden la pobreza con la mendicidad».

Dice, finalmente, porque no podemos seguirle en todo

lo que dice, que «todas las gentes montaÑesas tienen grande amor a su patria; y, sin duda, consiste, en que, por la división de las haciendas, poseen en ella algunas raíces; pero los bascongados se singularizan en este particular, teniendo a su tierra por la más apreciada del mundo y por solar de una nación descendiente de los aborígenes españoles».

Todo eso va referido a Vizcaya y a los vizcaínos en general. En cuanto a Bilbao, el entusiasmo de Bowles se desborda en dítirambos. Allí se respira, —viene a decir— un aire muy húmedo que enmohece muebles y enroña hierro y cobre y hace sudar el pescado salado disolviéndole la sal y, lo que es muchísimo peor, hace multiplicar las pulgas, de que luego hablará Víctor Hugo, hasta el infinito. Y, sin embargo de todo eso, porque ya estamos advirtiéndole el gesto del lector al encontrar agravios en vez de panegíricos, es el pueblo bilbaino el pueblo más sano que haya conocido el insigne naturalista que sabe bien lo que es trotar mundos. Los moradores de Bilbao disfrutan, según él, de los cuatro bienes más cumplidos que pueda querer para sí el espíritu más ambicioso: «fuerza y vigor corporal, pocas enfermedades, larga vida y contento y alegría de ánimo». Como que en cuatro meses que estuvo allí no vió enterrar más que nueve personas, cuatro de ellas octogenarias. Y eso que Bilbao, dice, está edificado en parte sobre estacas como Amsterdam. El secreto para Bowles reside en las corrientes de aire. Es seguro que el diablo hubiera recomendado a su pupilo Lutero que se pusiera en la misma corriente de aire de la encañada del Nervión.

A esa misma ventilación de Bilbao ha de atribuirse el que las mujeres de Bilbao, auténticos ganapanes y mozos de cordel, trabajando mucho más que los forzados de Cartagena y Almadén, apenas sufren fatiga.

«En fin —afirma Bowles—, Bilbao es un pueblo donde se puede vivir con mucha comodidad y gusto, por el extendido comercio que en él se hace, por su clima, por sus frutos, por el agrado de sus habitantes y por la cordura con que están hechas sus leyes civiles y de comercio. Entre ellas hay una contra la ingratitud, a cuyo delito señala castigo».

No sería ciertamente Bowles quien se hiciera reo de ese delito.

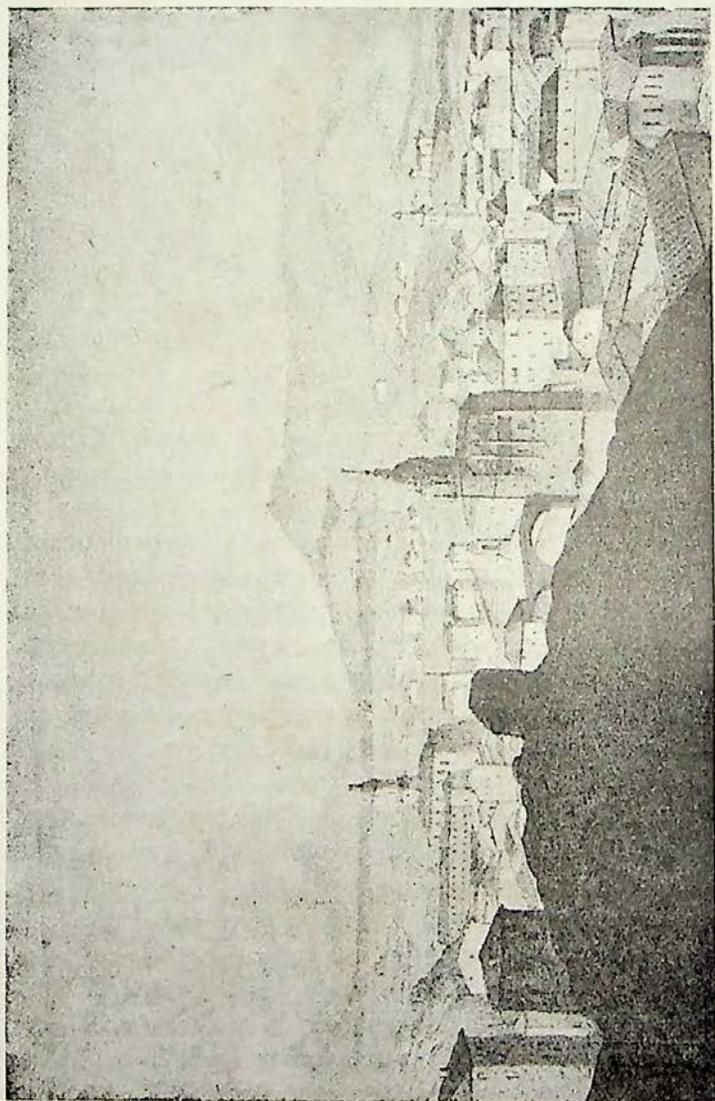
Brindis por Bilbao

1778 Juan Laglancé, ciudadano de Parma al servicio del infante don Carlos describía en 1778 con encomio las buenas calidades de Bilbao y de los bilbainos. Era para él la villa muy bonita y alegre y llamó mucho su atención que en la calle del Correo hubiese una casa guarnecida de bellos mármoles acanalados desde el suelo hasta el tejado.

Las parroquias y los conventos tuvieron en él un relator puntual y nada conciso y, haciéndose lenguas de la piedad de los bilbainos, observa que él mismo vió recoger en la ofrenda de pan de una misa mayor en San Francisco cuatro sacos llenos de pan de los que precisan un hombre de mucha fuerza para ser transportados.

El sabroso pescado le lleva los dientes, particularmente las angulas —no era tonto el mozo— «que son pescados muy pequeños pero delicados». Hay también una entusiasmada alusión a los jibiones «con su licor negro». Y termina su platónico «menú» con un desfile primoroso «de ricas carnes y todo género de aves». La conclusión que hace derivar de tan apetitosa descripción es «que tanto los ricos como los pobres son inclinados a comer bien».

La buena mesa proporciona a los bilbainos un sano optimismo que se echa de ver cuando al fin de la jornada se retiran los hombres de sus faenas cantando y bailando a más y mejor. Pero lo que más le admira es ver a las «cargueras» que cargan seis y siete arrobas por cabeza con la mayor naturalidad, cuando no llevan al alimón fardos de doce a quince arrobas cuidando de estibar bien la mercancía. Capaces son de descargar una falúa por grande que sea en una tarde. Y no se vaya a creer que queden agotadas por el esfuerzo y que les salga corcova por ello. Son más derechas que un huso y no admiten hombre alguno en la faena que es para ellas solas. Van descalzas en todo tiempo, así se hiele la respiración y aunque el suelo esté empedrado de guijos.



Estampa antigua de Bilbao

De la hombría de bien de los bilbainos es un indicio muy elocuente el hecho de que los vecinos abandonen las sacas de lana en el arroyo y que estando las casas bien repletas de numerario, no haya ronda ni siquiera un mal cuerpo de guardia.

Ve a la gente muy alegre y observa que las muchachas bailan solas al son del tamboril asalariado en el Arenal, porque el Corregidor no permite que medien los hombres en la danza; pero no deja de sorprenderle que se permita la promiscuidad en los bailes de las romerías de donde vuelven los danzantes por cuadrillas atronando el aire con sus canciones.

Fué cierto día invitado a comer por un caballero particular y le obsequiaron con dos sopas, «una solemne polla cocida», cinco platos de asados, cinco platos de pasteles y picadillos, cinco platos de principios o entradas, cinco platos de finales y menestras, crema, dulces, frutas y café. Todo rociado abundantemente con vinos, que en este caso bien pudieron llamarse generosos y fueron presididos por el Burdeos a todo pasto. A todo esto, unos pimientos dulces del tamaño del dedo meñique hicieron la guardia sobre el mantel durante toda la comida.

Ante obsequio tal, pierde para nosotros algo de objetividad el sabor ditirámico del relato de Laglancé: era un estómago agradecido.

Resumen

En este estadio o grupo cronológico que artificiosamente hemos creado para sistematizar los juicios proyectados sobre nosotros por los extraños que viajaron por nuestras tierras, observamos ya a primera vista una evidente atenuación de los juicios agresivos. ¿Obedecerá esto a una modificación meliorativa de la manera de ser de nuestros ancestrales y de la manera de hacer las cosas de los mismos?

Algo habrá, sin duda, de eso, porque en la esencia del hombre está el ser perfectible. Pero mucho habrá que echar también a la cuenta del mejoramiento de nuestros enjuiciadores. Porque hay que convenir en que el hombre, más o menos, ha evolucionado, dentro de ambientes parejos, en forma paralela. Así es que a enjuiciados más civilizados han correspondido enjuiciadores también más correctos. ¿Qué duda cabe de que Aymerico se compuso en sus diatribas como un perfecto gamberro, valga la palabra en gracia a su gran difusión actual?

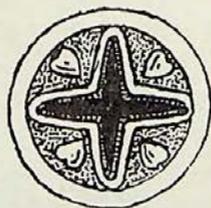
Por eso las loas de Venturino y demás cofrades en la práctica incensaria hay que atribuirles en alguna parte a la evolución natural del modo de ser humano.

Ya Navaggiere guardó gentilezas para los nuestros que eran a su juicio «muy buena gente», mientras que el Dr. Stein encuentra a los vizcaínos «elegantes, afables y alegres» y a los guipuzcoanos «ingeniosos, ilustrados, valientes, ágiles y defensores de sus privilegios», y del mismo modo que a Venturino le parece amable y bien educada nuestra gente. Todos convienen, además, en el común denominador de navegantes que aplican a nuestros anteriores en términos de difícil superación.

¿Quiere decir esto que se hayan soterrado los improprios a cien estadios bajo tierra? Nada de eso. La crítica adversa, más o menos justiciera, no podrá ser raída de la tierra, mientras la medida de la bondad o maldad de una persona o

de una colectividad sea entregada a la estimación contenciosa de los humanos.

Y, si no, ahí tenemos —sin aludir a Fernando Colón que estimaba toda nuestra tierra *agra*, si bien desde un punto de vista físico— al «inglés que vino de allí» en 1700 y que encontró en nuestras autoridades impurezas de gestión y, en otras personalidades, flaquezas propias de nuestro bajo fondo humano. Y el mismo Duque de Clarendón se revuelve en denuestos contra las incómodas condiciones suntuarias de nuestras casas, aunque no tiene empacho en confesar que habitó en una cual no la había mejor en su tierra y que encontró cortesés a los naturales.



CAPITULO III

DESDE EL LLANO

24. - El amigo número uno

1801 Humboldt es un viajero excepcional. No se le puede desposeer de esa condición de viajero porque fuera visitante transitorio y hasta efímero; pero, si su tránsito por estas tierras nuestras fué acelerado, la preparación del viaje fué tan metódica como suelen serlo las empresas acometidas por mentalidades germanas hechas a la disciplina y al estudio.

De ningún modo puede atribuírsele la ligereza que es, según Balmes patrimonio de las observaciones de los viajeros superficiales que no saben, ni quieren, entrañarse en la médula del país que visitan. Precedió al viaje una previa consulta libresca y una correspondencia densa con las personas más versadas del país en las diversas disciplinas que eran objeto de la curiosidad del polígrafo alemán.

La relación de su viaje es, a diferencia de las relaciones de otros viajeros, inatacable en el estado de los conocimientos en su época. El llegó a saber tanto de nuestro país y de nuestros paisanos como el que más supiera entre éstos. Y aún llegó a superarles en esos conocimientos, porque él aportó un método científico de que estaban ayunos —todo hay que decirlo— muchos de nuestros antepasados siquiera estuviesen adscritos al grupo de hombres cultos y no adoce-
nados.

Quizá lo que más se ha resentido de entre sus conocimientos sea lo relativo a la lengua, precisamente a lo que él dedicó atención preferente, porque había sido sugestionado por la mirada enigmática de la esfinge vasca. No es que se hayan de desechar en absoluto, ni mucho menos, todas sus ideas, sino que, ciencia moderna, al cabo, la filología, desde entonces acá ha progresado mucho su conocimiento y, dada la provisionalidad de los juicios científicos, el tiempo transcurrido y bien aprovechado desde entonces ha dejado atrás mucho de lo que entonces se tenía por más aceptable.

Era Guillermo de Humboldt hermano de otro sabio de su talla: Alejandro. Los dos dieron prez a su nación. Pero el primero dió también prez a éste nuestro país llegando a ser el más eminente de los vascófilos, no se sabe si por obsequio de afecto o por rendimiento de servicio.

Con ese bagaje de conocimientos preadquiridos, vino a nuestro solar. Y vino dos veces, siquiera su estancia entre nosotros no fuese, como se ha insinuado arriba, muy prolongada en ninguno de ellos.

Los relatos que brotaron de su pluma fueron diversos. Era su hábito en todos sus estudios. Y no es que sean unos borradores de otros, sino que cada uno de ellos puede pasar por texto definitivo, sólo que, claro está, los últimos tenían siempre un sentido revisorio o por lo menos ampliatorio de las anteriores ideas.

Vamos a seguirle principalmente en su segundo viaje, en el titulado «Los Vascos», que tradujo, con su reverente sentido de la minucia, nuestro admirado don Telesforo de Aranzadi. Imposible, por otra parte, seguir a Humboldt en toda su narración, que más que relación de viaje es un tratado poligráfico.

Ya al principio dice que el país «desgarrado en dos pedazos muy desiguales y subordinado a naciones poderosas, no ha renunciado de ningún modo a su propia manera de ser». Sin embargo, el porvenir del idioma vasco le inspira serias inquietudes, que el tiempo desde entonces transcurrido no ha hecho sino confirmar, aunque, y gracias sean dadas a Dios por ello, el plazo de vitalidad posible atribuido a nues-

tra lengua se haya cumplido sin que los negros vaticinios se hayan visto confirmados. Pero el retroceso es evidente y lamentable.

Por lo demás, «los vascos, sobre todo los del lado de España, no son meramente pobres pastores de montaña o absolutamente siervos oprimidos. Constituyen un pueblo dedicado a la labranza, navegación y comercio, y no carecen de bienestar corporal, sin el cual es imposible la prosperidad moral. Tienen una organización libre, deliberaciones públicas ordinariamente en la lengua del país». «En las asambleas populares de Vizcaya —dice más adelante— no vale ninguna otra nobleza más que ésta —*se refiere a la hidalguía general*—; quien posee un título de conde, marqués o hasta duque en Castilla u otras provincias, lo depone enseguida, y toma su nombre vasco».

No anduvo solo en sus viajes por estas comarcas: le acompañaron connacionales suyos y obtuvo también la compañía y, sobre todo, el consejo de personajes vascos acreditados en el conocimiento de nuestras peculiaridades, entre ellos, Moguel, Mugartegui y Prestamero.

Para él, en cuanto se ha franqueado la frontera española viniendo de Francia, el paisaje se transforma, perdiendo quizá en grandeza, pero ganando en variedad. En los vascos franceses echa de ver la frivolidad francesa, sin que el apelativo guarde un sentido peyorativo en nuestra versión, y en los vascos españoles la gravedad española. Los vascos continentales han sido mejor asimilados por Francia que no lo han sido los peninsulares por España.

El paisaje le sorprende gratamente. «Valles y montes —dice— se combinan aquí más agradablemente y se entrecruzan como en ninguna otra tierra. A cada momento cambia la escena; casi por todas partes está la vista cerrada; nuestros ojos sólo divisan pequeñas partidas, pero siempre pintorescamente limitadas». Sigue describiendo con entusiasmo los cursos de ríos, las cumbres rara vez calvas, las heredades cercadas con setos vivos, las praderas, los bosques de robles y encinas. Echa de menos las vides pesadamente colgantes de orillas del Garona, «pero —añade— el vigoroso creci-

miento de los árboles, el follaje denso, rizado, impenetrable a la mirada, la igualmente fuerte subida de la yerba y del sembrado poseen una varonil hermosura, adecuada al carácter de una región montañesa». Pone de manifiesto la riqueza forestal de los bosques de las provincias vascas y señala las utilidades que de ella se derivan para la industria de laserrerías y la de los astilleros, hasta el punto de que la marina real intervenía muy directamente en la explotación de los bosques.

Como se ha insinuado antes, no es posible seguir a Humboldt en su relato, porque ahonda tanto en los temas, que la historia, la economía, el folklore y la lengua quedan documentadamente estudiados.

Su visión del país es siempre optimista y cariñosa. Para él San Sebastián tiene un grave defecto: el de que el monte Urgull se alce como pantalla entre la ciudad y el mar, impidiendo a aquél la vista de éste. El mar es para Humboldt un codiciado plato para la vista. Así es que, en cuanto llegó a la capital guipuzcoana, señaló, como número primero de su programa, el escalamiento del Urgull «para gozar desde la altura de la vista del mar, que siempre se anhela de nuevo». Por eso no perdona al castillo de la Mota que robe a la ciudad la contemplación marítima.

Como algunas veces dormita el mismo Homero, Humboldt incurre en el error de creer que el nombre de «la Mota» deriva del apellido del francés que lo construyó. Sin duda no había pasado su vista por documentos, no escasos en número, que aluden a la «mota» del Castillo y aun a la «mota» de Ulúa refiriéndose a la porción cimera de entrambos nombres, ni su atención viajera se había fijado en otros castillos de la Mota, cuya designación tiene un origen común no dependiente del nombre de su constructor.

Al pasar por Guetaria y después de amplias disquisiciones sobre los motivos más varios, entre ellos la gesta marinera de Elcano y el afán extravertido de los vascos, observa en varios huertos que las parras —las del chacolí— están apoyadas por grandes huesos de ballena, índice de la abundancia de pesca ballenera.

Haciendo gracia al lector de lo mucho y bueno que dice de las poblaciones que cruza el viajero a su paso, sólo se dirá aquí que, al llegar a Vitoria, le pareció que llevaba consigo la consideración de una ciudad floreciente por su comercio y su actividad industrial. «Por todas partes —dice— se observa vida y bienestar, y se ven muchos grandes edificios recién construídos entre los que destaca la plaza del mercado concluída en 1791; es cuadrangular, toda de piedra, y consta de treinta y cuatro casas entre las que la mayor es la *casa consistorial*».

Dice de Bilbao que es la ciudad más importante y floreciente del país vascongado y en muchos aspectos también la más encantadora. Pero observa que el continuo tráfico de forasteros ha desalojado las costumbres patrias y hasta el idioma resulta en alto grado impuro y mezclado con el castellano.

Cuando, a su regreso, se disponía a trasponer el Bidasoa, se encontró con la novedad de que el antiguo puente había sido arrastrado por la avenida de las aguas. Tuvo que utilizar en su lugar la barca, y esa circunstancia le da ocasión para contarnos que, con motivo del viaje del rey de Toscana, se produjo un serio altercado entre donostiarras e irundarras sobre que unos y otros querían tener el honor de transportar a la augusta persona en sus respectivas barcas. El incidente no terminó «sin cabezas ensangrentadas». Pero el rey se mantuvo neutral y tomó una lancha ajena al conflicto.



A Humboldt no podían menos de preocuparle los temas de cultura. Espíritu muy abierto a las ideas y a su cultivo, por fuerza tenía que encararse con la obra del Conde de Peñaflores, ya que por razón del tiempo no pudie-

ra establecer contacto con la persona física de su egregio impulsor. La obra más representativa que en la época del viaje se conservaba de las actividades de la que él llama Sociedad Patriótica Vascongada era, sin duda alguna, el Real Seminario Patriótico Vascongado.

No fué un buen momento el que las circunstancias de tiempo y azares depararon a la visita del sabio alemán. Sólo recibían enseñanza entonces treinta y seis seminaristas y, a juicio del visitante, no recibían en aquel centro «una educación liberal y calculada de la conducta externa». Se cuida de advertir que el restablecimiento del Seminario sólo databa de hacía dos años y no deja de consignar que tuvo una época esplendorosa en «que brillaba ya muchísimo la institución» que acogía en su profesorado a sabios de la talla de Proust, Chabaneau y Tunborg.

Y fué entonces, en las calles de Vergara, donde se cruzó con un hombre a quien desconocía en absoluto. El desconocido se acercó a Humboldt, alabó el país, reconoció que Castilla era feraz, pero que sus hombres no eran tan buenos como los de este país. Y, satisfecho con esa declaración, volvió grupas y se fué. Había cantado antes que Iparraguirre aquello de «erri-alde guztietan toki onak ba-dira; bañan biotzak dio: zuaz Euskal-Errira».

Por cierto que Humboldt, observador como el que más, nos da cuenta de una práctica que habían de seguir más tarde las naciones en sus relaciones comerciales reguladas por un riguroso «toma y daca». En Bilbao —nos lo dice el sabio alemán— a nadie le era permitido extraer mercancías sin introducir en cambio productos equivalentes.

Habla el prusiano de las corridas de toros que se corrían en la capital vizcaína. Pero en general no eran de toros de muerte, sino de novillos. Las corridas formales resultaban caras y los bilbainos tenían un recto sentido de la economía: 90.000 reales se pagaron al torero Romero y su cuadrilla por una sola corrida.

La incontenible curiosidad de Humboldt se proyecta incluso sobre la fiesta taurina y llega a analizar con un gran sentido de asimilación y de crítica el contenido del Tratado de Tauromaquia de José Delgado. Allí es de ver cómo el gran prusiano llega a captar cuándo un toro es claro, sencillo, franco y boyante y cuándo es abanto, temeroso y bravucón.

En Guernica quedó confinado, por la inundación del río, al cuarto oscuro del posadero y aun de éste era siste-

máticamente desahuciado cuando al dueño le entraba gana de echar la siesta. Menos mal que la cocina le fué siempre buena acogedora y le permitió entrañarse, en su forzada inactividad, dentro del estudio del régimen foral vizcaino.

En Alava, más concretamente en Vitoria, tropieza con don Lorenzo Prestamero, un erudito de la buena escuela del Conde de Peñafiorida «que ha reunido noticias extraordinariamente exactas sobre su provincia» y que resulta para Humboldt un *cicerone* muy adecuado para su ansia de saber. Este sacerdote, como antes y después Astarloa, aunque en zonas de estudio diversas, fué un mentor muy aprovechado por el espíritu curioso de nuestro gran amigo. Ya se sabe que éste sabía dirigirse a quien mejor le conviniera y que estaba muy capacitado para la actividad discente, por lo que nada tiene de extraño que, influido seguramente por la erudición de Prestamero, consagrarse en la relación de su viaje párrafos muy ajustados sobre el régimen foral alavés y sobre las prácticas tradicionales de los alaveses. Por cierto que, al referirse al presente económico y agrícola de Alava, sostiene Humboldt que sería de desear para su bienestar «que el Rey de España considerase en general a las provincias vascongadas menos como un país extraño a su corona».

Humboldt tiene cierta ojeriza al comercio. Quizá le parece poco compatible con el cultivo de las letras. Por eso, tal vez, llega a establecer cierta superioridad a favor del ambiente intelectual de Vitoria sobre el de Bilbao y observa también menos ilustración en su clero que en el de Durango y Marquina: consecuencia —lo dice paladinamente— del comercio.

No se podría tal vez acompañar a Humboldt en tan absoluta apreciación. Y aun se podría echar mano para desmentirle del poderoso argumento de la prioridad de la introducción de la imprenta en Bilbao con bastante anterioridad a su introducción en las capitales hermanas, particularmente en Vitoria.

De todos modos, como ya se ha visto, no escatima elogios a la villa industrial y comercial que se despliega hoy a ambos márgenes del Nervión. Afirma que en ninguna po-

blación se experimentan tanto como en ella «las bienhecho-
ras consecuencias del espíritu nacional vascongado, pues sólo
en poquísimas ciudades de España se encontrarán tantos
establecimientos costosos regulados al bien común, y en
pocas hallará el viajero tantos hombres animados del espíritu
de mejoras patriótico ilustrado».

Como se ve, esto basta para que desarrugue el ceño el
bilbaino más siete-callero y el más arriscado defensor de su
«bochito».

Descubre en Alava el infatigable investigador que ade-
más de nobleza había un —así lo dice— *tiers état*, pero a
renglón seguido y para tranquilizarnos, nos advierte que los
nueve décimos de la población pertenecían a la primera. Por
otra parte no nos es desconocida la existencia de collazos en
los tiempos históricos de la provincia hermana.

Habla de Urquijo que, habiendo nacido en Bilbao, pro-
cedía, sin embargo, de Alava y nos descubre que hubo de
realizar denodados esfuerzos para probar esa oriundez, lo que
finalmente hubo de conseguir más que por la fuerza inequí-
voca de los buenos argumentos en que apoyaba su preten-
sión, por la fuerza que le daba el poseer «todos los tesoros
del rey», según frase gráficamente expresiva del gran filólogo
prusiano.

Fué en una carta, vehículo literario el más recomendable
para dar rienda suelta a la sinceridad, donde Humboldt estam-
pó con toda espontaneidad uno de sus más elegidos juicios
sobre el país y sobre su paisanaje: «Es el único país —dice en
ella— que he visto jamás en el que la cultura intelectual y
moral sea verdaderamente popular, en el que las primeras y
las últimas clases de la sociedad no estén separadas por una
distancia inmensa por así decirlo, en el que la instrucción y
las luces de las altas han penetrado, al menos hasta un cierto
punto, hasta las bajas y en que la honradez, la franqueza, el
inocente candor de éstas no ha llegado a ser extraño a las
altas».

Ese párrafo, vertido por Garate, viene a ser un espécimen
del ideario de Humboldt en orden a nuestro país, en el
que echó de ver que, a diferencia de otros países donde la

masa es inerte, que su pueblo formaba el carácter racial sólo refinado por sus clases superiores.

Un germano, Humboldt, y un francés, Bonaparte, como luego veremos, fueron los viajeros que más se entrañaron en lo hondo de nuestro ser. Debémosles por esa dedicación gratitud no perecedera en los vaivenes del tiempo.



25. - Un prisionero de Napoleón

1811 Lord Blayney, prisionero de guerra inglés aprehendido por las tropas de Napoleón, cruzó por nuestra tierra en trahilla de cautivos. No fué, sin embargo, su suerte demasiado adversa, por lo menos en cuanto al trato que le dispensaron sus aprehensores.

Entró en Vitoria en la tarde del 13 de enero de 1811 en medio de un hermoso paseo alrededor del cual se agolpaba la gente para ver pasar a los cautivos. Después de asearse, se divirtió contemplando la parada de los cazadores de la guardia imperial. Hizo enseguida amistad con el General Caffarelli que comandaba la plaza y que se dignó acompañarle en su paseo, mostrándole el palacio del Obispado situado en una plaza, cuyas casas, aunque pequeñas, eran bonitas y graciosas.

Al lord inglés le pareció Vitoria una de las ciudades más bonitas que hubiese visto en España. Habla de su industria y de las minas de sus alrededores, de las que se abastece —dejémosle íntegra la responsabilidad del aserto— el resto de la nación. Describe o enuncia las fábricas de lana, seda, algodón y un gran número de manufacturas de paja, sillas y hojalatería. El hospital le parece el mejor establecimiento público y lo encuentra bien distribuído y regido por prudentes reglamentaciones. Había entonces doscientas camas, destinadas exclusivamente a los indígenas, pero ocupadas entonces por los soldados franceses.

Hizo agradable tertulia con sus huéspedes y unas muchachas se interesaron en el juego a que se entregaron. Hubo música de guitarra con tonadas dulces y agradables, aunque irregulares.

En el camino hacia Salinas le fué dado contemplar el laboreo de la tierra con layas de tres dientes empuñadas por cuatro hombres. Vió también herrar a un buey y le sorpren-

dió el aspecto de lanzarse a volar que tenía el pobre animal sujeto al aparejo de herraje.

Desde la cumbre de una montaña, vió en el fondo la villa de Salinas, pareciéndole que no había camino posible para llegar a ella. Un zig-zag que le recordaba el monte de la Escala en la isla de Santa Elena, le sacó del error.

Ya en Salinas, un soldado francés le pidió limosna y le contó un cuento de sufrimientos y heridas. Se la dió y luego compartió con el mendigo, de tú a tú, la comida de la posada.

Refiere que en Mondragón, adonde llegaron seguidamente, hacía cura de aguas mucha gente en tiempos menos azarosos y da cuenta a continuación de que en el día anterior a su arribo ejecutaron en su plaza al «cabildo» —sic— y a su hijo, acusados de haber asesinado a más de cien franceses, sin que de ello se arrepintieran en el momento de la ejecución.

En Tolosa se dió cuenta de que «las mujeres de esta provincia son célebres por su belleza». Por lo menos las que él vió no estaban por debajo de tal reputación. El alojamiento le pareció también excelente.

En Urnieta, después de un encuentro brusco con su huésped, confraternizó con él y hasta recibió planes de estrategia que, de haberlos seguido Wellington, tal vez hubiesen dado al traste mucho antes con los planes del genial ladrón de coronas. Desde lo alto de una colina —¿Arkale?— vió los puertos de San Sebastián, Santander —Dios le conservará su vista— Santoña y Bilbao formando anfiteatro en el horizonte.

Irún fué el último eslabón de la cadena de los prisioneros de Napoleón. Allí nos dijo adiós nuestro Lord que no hizo gala de humor británico y en cuyo cerebro se fundieron recuerdos alaveses y vizcaínos sin la debida discriminación.

26. - Tirando de la oreja a Jorge

1817 Los embajadores, gente cortesana al cabo, dirigen siempre la vista a lo suntuario y a lo ceremonioso. Los afanes mercantiles despiertan muy poco su curiosidad y, si paran atención en las materialidades, es en son de protesta en razón de la grosería que en ellas advierten. Son espíritus remilgados que a todo hacen asco y que guardan siempre un gesto de desprecio para quienes no alcanzan su nivel artificialmente alzado.

Los cónsules ya son otra cosa. Aunque sea cierto que la economía manda, no es menos cierto que los negociadores áulicos de la paz en el mundo dejan el cuidado de los intercambios mercantiles a los cónsules.

Uno de éstos puso su complacencia en la industriosa villa de Bilbao, esa villa señera que, por no ser puerta de nación, ha merecido, o desmerecido según el caso, pocos juicios de los viajeros extraños. Era el Conde de Laforest que vió un pintoresco Bilbao decimonónico.

Para él —según versión elegante de Mourlane Micheleña— la ciudad, con más propiedad villa, con su ría y entrecejo mercante es una Bremen ensimismada. Anda por los alrededores Vincent el ingeniero. Si ese diablo de hombre fondea algo más aquí les va a escamotear el pueblo».

Bilbao puede sentirse complacida por la fineza. Bremen, ciudad libre, puntal de la Liga Hanseática es un espejo muy favorecedor. Claro está que Bilbao es muy fotogénico, pero un espejo optimista es siempre una buena ayuda para presumir de físico agradable. Por otra parte ese recelo contra el ingeniero Vincent, mejor dicho contra cualquier ingeniero, es muy digno de tomarse en consideración. Los ingenieros son necesarios, pero los ingenieros son temibles. El cálculo integral que aplasta la sesera de un resistente a las matemáticas, aplasta también todo aquello sobre que se proyecta. Cálculo y hormigón en complicidad son el coco de las ciu-

dades. Menos mal que nos deparan, en justa contrapartida comodidades sin cuento.

Laforest tuvo curiosidad por ver —se supone que en Durango— la casa en que nació Eguía, «a quien ahora en la senectud le ha brotado una dentadura de lobo». Menos mal



que le brotaba algo a quien le había «mancado» el brazo un agresor que escondió la mano. A Laforest le caía en gracia, sin duda, la personalidad robusta del general absolutista, porque se complace en referir su respuesta al Conde de Montijo: «Ustedes —dice que le dijo— abrirán camino a la libertad; yo lo señalaré con horcas y con cruces torcidas de palo».

Pero el buen cónsul vuelve a sus «economías» y registra que las ferrerías de aquellos contornos dan cada año ochenta mil quintales de hierro. «No hay —añade— alfoli de sal de la Real Hacienda. La sal, como el tabaco y como el naípe, está estancada». Le extraña luego la procedencia de la sal, pero advierte su presencia en tal cantidad, que el atún se cura con tanta delicadeza como en Nantes.

Alude, finalmente, a lo mucho que se juega entre las familias, lo mismo con naípe nacional que con naípe francés y observa con regusto tal vez poco galante «que ganó a una señora al ginetillo un doblón de oro que conservaba avariciosamente».

Para el Conde Laforest nuestro San Ignacio tenía «un medió lado francés». El motivo de esta observación se lo guardó en su consular pecho.

27. - Don Jorgito, el evangelista

1835-1839 Tenemos en escena a don Jorgito, el vapuleado por don Marcelino y el precursor de Starkie en andanzas bohemias. Su viaje fué *apostólico*. Quería introducir biblias protestantes a pelo y a contrapelo. Y no paró hasta que dió a las prensas dos evangelios de San Lucas, en gitano y en euscaro respectivamente.

Para que los gitanos se hiciesen protestantes, merced a su esfuerzo proselitista, hacía falta previamente que supieran leer. En cuanto a los vascos, resultaba aún su empeño más difícil, porque hacía ya mucho tiempo que corría el Lizarraga —uno de los libros clásicos del vascuence— sin que el éxito aflorase por ningún lado.

El núcleo del Evangelio euscaro de San Lucas se debía al médico Oteiza. Pero el original había sufrido muchos retoques a cargo de personas directamente consultadas por Borrow.

Para éste el vascuence es una lengua tártara. Y para nosotros lo que nos contó don Jorgito es un cuento tártaro, aunque no es del todo desafortunada su tesis. «No hay muchos acicates —dice— para el estudio de esta lengua. En primer lugar su adquisición no es necesaria en modo alguno, aun para quienes residen en las comarcas en que se la habla, porque el español es entendido en general en todas las provincias vascas que pertenecen a España, y el francés en las que pertenecen a Francia».

Niega contenido poético a las canciones populares: «El pueblo vasco —dice— es más cantor que poeta». De todos modos tiene frases obsequiosas para los habitantes de nuestra tierra.

«Los vascos son —dice— de estatura media, activos y atléticos. Poseen complexiones y rasgos bellos y en apariencia no tienen el menor parecido con ciertas tribus tártaras del Cáucaso. Su bravura está fuera de duda y se les considera

como los mejores soldados de la corona española; este es un hecho que corrobora la suposición de su origen tártaro, porque los tártaros son la raza más belicosa de todas y la que ha producido conquistadores más notables. Son fieles y honrados y capaces de una adhesión muy desinteresada; amables y hospitalarios a los extraños, en todo lo cual coinciden con el carácter tártaro. Pero son algo pesados y su capacidad no es muy elevada, pareciéndose también en ello a los tártaros».

A pesar de la dureza de cabeza que nos atribuye, hay que agradecer a don Jorgito todo lo demás, incluso que perdiese su tiempo que, como de buen inglés, sería de oro, en su fracasado comercio de biblias.



28. - Lápiz y bisturi

1836-1838 Wilkinson era cirujano e inglés. Era también dibujante, aunque bastaba acaso decir que era inglés para sospecharlo: todo inglés lleva en potencia a un dibujante. Porque lo cierto es que, si no hubiesen venido ingleses a enterevarse en nuestras discordias civiles y en nuestra guerra de independencia, habríamos contado con muchas menos estampas que las que exhibimos en nuestros museos. Wilkinson, Crocker y Barquer no nos desmentirán.

Vino Wilkinson enrolado en la Legión Británica. La vida de campamento da vagar suficiente para que se ejerciten las artes mayores y las menores. Y la mano del cirujano no estuvo quieta esgrimiendo la plumilla; acaso lo estuvo más empuñando la lanceta.

De ese noble ejercicio nos han quedado unas bellísimas estampas en que lo estilizado del recorte del paisaje, en alas de un fervor romántico, no anula el valor documental de tales ilustraciones.

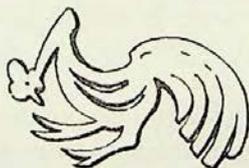
Pero además el inglés creyó necesario explicar sus ilustraciones con un texto no desprovisto de colorido. Y, gracias a eso, tenemos una visión no incongruente de nuestro paisaje.

Vamos a hacer gracia al lector de las notas explicativas de sus grabados a que se contrae casi exclusivamente el texto de Wilkinson. Las estampas, a pesar de lo retorcido de las deformaciones románticas, valen por todos sus textos.

Pero ya que, aunque sólo sea por una vez, se ha parado a describirnos a nuestros hombres, echémosle alto y traigamos a comparecencia a los hombres que tiene a mano y son los «chapelgorris» que confraternizaron con la Legión. En contraste con unos mozalbetes gallegos, se ofrecen los veteranos zaragozanos y estos otros «chapelgorris». ¿Quiénes son —dice— estos hombres mezclados con nosotros en grupos de a cinco, diez o más, que avanzan sin disciplina y cuya des-

cuidada risa y gesto deportivo les hacen siempre ser compañeros bienvenidos? Son los más bravos de los bravos... «¡Qué apariencia más pintoresca —continúa— y qué estudios para un artista, dignos del lápiz de un Salvador Rosal! Su boina es encarnada con enorme borla de oro o plata, colocada a la cabeza con descuidada negligencia. El semblante está lleno de inteligencia y su luminosa mirada indica un corazón audaz... En sus filas hay muchachos de catorce a quince años. Su comunidad con hombres de corazones valientes y de audaces brazos parece haberles conferido los rasgos de una precoz virilidad».

No es parco el elogio de los «chapelgorris». Ya le tocará a Dembowski hacer el de los «chapel-zuris».



29.-El italo-polaco

1838-1840 Dembowski, en efecto, italiano injerto en polaco, nos visitó y narró ampliamente el resultado de su visita. Como no podemos recoger al pormenor lo mucho que contaron tantos de nuestros visitantes en la décima-nona centuria, fuerza será que nos comprimamos y que tan sólo recojamos lo que dice de los infantes carlistas, amén de ciertas noticias, no del todo veraces, que nos da de Juan Ignacio de Iztueta, y de otros aspectos más o menos comunes.

«Los infantes —dice— no tenían uniforme. Un fusil de antiguo voluntario realista, compuesto apresuradamente, un cinturón con cartuchos, una boina azul o blanca, camisa y alpargatas que daban las Juntas, pantalón ancho de pana, un morralillo de tela y, finalmente, una manta de lana de mil colores, tal iban vestidos los vasco-navarros... Las armas eran nulas; después de algunas descargas de fusilería, los jefes gritaban en las filas: *¡Muchachos, a la bayoneta! ¡A ellos!*, respondían los soldados, y, bayoneta en el cañón, corrían contra el enemigo. Este género de ataque ayudaba a los vasco-navarros, hombres de una fuerza prodigiosa».

Alude al «caballero Iztueta» de quien dice que hacía treinta y cinco años —según eso en 1805— dedicó una triste elegía a la dama de su corazón, la Conchesi del cantar, «en tanto gemía en San Sebastián, en los calabozos del Santo Oficio». Le supone viudo ya de dos mujeres antes de casarse con Conchesi.

Nos descubre también que en Oñate todas las mujeres saben el castellano de memoria. No resulta fácil entender qué será conocer un idioma de memoria; pero él lo dice y sus razones tendrá para ello.

Bilbao le parece «una ciudad muy linda, muy activa, muy comercial, querida de todos los majos del otro lado del Ebro por las excelentes cuerdas de guitarra que en ella se fabrican». Recoge después una canción de guerra, que el traductor dice

estar expresada en *patris* (sic, por patois) vizcaíno, que venía a decir:

«Carlos el Baragarri
los visarres torció,
cuando la valerosa
resistencia vió.
Y al pralle le decía:
¡A!, padre capellán,
las damas bilbainas
misa de usted no oirán».

No opinaba así el mismo Dembowski que creía que «sin la muerte de Zumalacárregui, Bilbao habría acabado por caer en manos de don Carlos».



30. - Don Teófilo no nos comprende

1840 Teófilo Gautier, chambelán de Balzac y teósofo de afición, cruzó también por nuestra tierra. Su pluma tenía algo de pincel por lo que la descripción de su viaje está animada por un buen colorido.

Pero Gautier no sabía desembarazarse de los tópicos leídos, y así se echa de ver enseguida que, si las pinceladas de su personal observación son certeras, el entramado del lienzo sobre el que pinta es algo grosero.

Ya en Irún encuentra sorprendentes resabios sarracenos: las tejas, los balcones y sobre todo la cal de los enjalbes. Menos mal que nos describe con mucho vigor la aparición de un carro chillón, cuyo chirrido le pareció producido por una princesa degollada por algún nigromante enfurecido. «Ese carro —dice— era absolutamente primitivo; las ruedas maticizas giraban con el eje, lo mismo que los carritos que hacen los chicos con corteza de calabaza. El tal ruido se oye a media legua y no desagrada a los naturales del país. Así tienen un instrumento musical que no les cuesta nada y suena solo, por sí mismo, mientras dure la rueda. El caso es que les resulta tan armonioso como a nosotros los ejercicios de un violinista en la cuarta cuerda. Un campesino no querría un carro que no chillase: es un vehículo que debe de datar del diluvio».

Ve luego, camino de Oyarzun, torrenteras innumerables, pero sin torrentes; es decir, sin agua, hasta el punto de que los puentes le parecen absolutamente honorarios «ya que se puede pasar por debajo nueve meses del año, y allí están, con una flemma imperturbable y una paciencia digna de mejor suerte, esperando un río, un hilillo de agua, un poco de humedad siquiera, pues comprenden que sus arcos no son más que ojos y su título de puente



pura adulación». Bien se ve que don Teófilo no pasó por aquellos contornos aquel día de Corpus Christi de infeliz recordación para los renterianos, ni llegó a tiempo para contemplar las interminables obras de defensa contra la inundación.

Después de admirar la iglesia-fortaleza de Astigarraga, quedó deslumbrado en la posada con la blancura de las cortinas de la cama y de los balcones, con la limpieza holandesa de los suelos y con el cuidado perfecto en todo. En vez de unas maritornes embrujadas, cuya presencia llegó a *temer*, dió con unas hermosas muchachotas muy garridas —dice él— con sus magníficas trenzas colgando sobre los hombros y perfectamente ataviadas. La comida, salvo el aceite y el pimentón, para los que fué muy tolerante, le dejó buen sabor de boca. Tuvo entonces su primer conocimiento con el garbanzo que viene a ser para él «un guisante que tiene la ambición de ser habichuela y lo consigue». Puso buenos ojos a los vinos de Jerez y de Málaga.

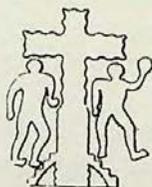
Hernani le despertó en las sombras de la noche románticos recuerdos y admiró en Tolosa «casas adornadas con frescos y blasones gigantescos esculpidos en piedra». En Vergara vió a un cura tocado con una teja «que era un sombrero inmenso, prodigioso, fenomenal, hiperbólico y titánico». Quiere decir que era un cura a una teja pegado.

Traspuesto el tobogán de Salinas, entró, cuando ya se ponía el sol, en Vitoria. Parecióle sus calles de arquitectura medieval y de bastante mal gusto, con lo que pocos estarán conformes. Menos mal que le pareció hermosa «una plaza rodeada de arcos» que hubo de atravesar para dirigirse a la iglesia. «La sombra —dice— invadía la nave y se acentuaba misteriosa y amenazadora en los rincones oscuros, donde se adivinaban vagamente fantásticas formas. Algunas lamparillas, amarillentas y humosas, temblaban siniestramente como estrellas entre la niebla». Allí vió por vez primera —dice luego no acreditando su buen gusto de artista— unas medrosas esculturas de madera policromada de que parecíanle abusar los españoles.

Entró después en un teatro sin fachada, tomó dos buta-

cas de orquesta y pudo comprobar que, a pesar de las primeras apariencias, el interior de la sala era más confortable de lo que se prometía. No le gustó el espectáculo que se le anunciaba como «baile español» típico. Refiriéndose al bailarín y a la bailarina que aparecieron bien armados de castañuelas, dice que «el teatro de dos cuartos no ha sustentado nunca en su tablado una pareja más vieja, más desrñonada, más desdentada, más legañosa y más calva y más caída». Y aun tuvo su briosa paleta colores para registrar que el bailarín «tenía el aspecto de un enterrador que se estuviese enterrando a sí mismo: su frente arrugada como la bota de un húsar, su nariz de loro, sus mejillas de cabra, le daban un aire de lo más fantástico». Y termina diciendo que los bailes españoles no existen más que en París.

Decididamente Gautier, que quiso ver entre nosotros morerías y gitanerías, se sintió defraudado en su evidente alma de artista. No quiso conocer previamente, como Humboldt, a nuestro pueblo y pasó por él sin llegar a conocerlo.



31.—Hugo, el romántico

1843 Víctor Hugo, el que fué ídolo de multitudes literarias, porque también se dan las masas en los ambientes literarios, se encariñó con Guipúzcoa; más concretamente, se encariñó



con Pasajes. No destruye esta limitación el hecho de que bautizara una de sus producciones con el título de *Ernani*, ya que, si hay hombres de un solo libro, hay también hombres de un solo pueblo, Víctor Hugo, hablando lenguaje guipuzcoano, fué sólo de Pasajes y él hubiese querido que Pasajes fuese sólo suyo.

Madame Guillaumie-Richer se ha constituido en estanquera de Víctor Hugo. Además, aquel espíritu delicado que animó al economista guipuzcoano don José de Orueta, le llevó a dar a las prensas un tomito de antología guipuzcoana del faraón literario francés. Quiere esto decir que la información no falta y que hay que comprimir los rasgueos de la pluma.

Aunque no con la preferencia de Humboldt, Hugo llegó a interesarse por el idioma vasco y, poco docto en filologías, hizo pinitos expositivos, ya que no pudiera hacerlos interpretativos.

Por lo demás, al romántico francés nada le dicen los hombres. Mejor dicho: los hombres le dicen mucho o nos dice que le dicen. Pero él nada nos trasmite de su carácter, de su alma.

Pasa por San Sebastián como sobre ascuas: «un monte en medio del mar. La huella de las granadas en todas las casas, las huellas de la tempestad en todas las rocas, las huellas de las pulgas en todas las camisas *voilà Saint Sébastien!*»

Pasajes constituye todos sus encantos: «Una cortina de altas montañas verdes, que recortan sus cimas sobre un cielo brillante; al pie de esos montes una hilera de casas apreta-

damente yustapuestas; las casas, pintadas en blanco, amarillo, verde, con dos o tres pisos abrigados por el vuelo de grandes cubiertas formadas por rojas tejas cruzadas». «Ese rincón magnífico y encantador, como todo lo que tiene el doble carácter de la alegría y de la grandeza, ese lugar inédito que es uno de los más hermoso que yo haya visto y que ningún turista visita; ese humilde rincón de tierra y mar, que sería admirado, si estuviese en Suiza, y sería célebre, si estuviese en Italia, y que es desconocido porque está en Guipúzcoa, ese pequeño paraíso radiante adonde yo llegué por azar y sin saber dónde me encontraba, se llama en español Pasajes y en francés *le Passage*».



32. - El buen samaritano

1852 Ozanam, el más militante de los católicos franceses, el organizador más esforzado de la caridad cristiana, tomó también contacto con nuestro país en el que tanto había de florecer su obra benéfica a un mismo tiempo limitada y abierta. Corrían por sus venas, según propia confesión, algunas gotas de sangre siriaca, y si el tío *Haraneder*, mencionado tan cariñosamente en su testamento, era consanguíneo suyo, podremos reivindicar una porción de gloria, cuando la madre Iglesia encumbre a sus altares al abnegado catedrático de la Sorbona.

Mordido por una pleuresía y fracasada su cura o su fin de cura en Eaux-Bonnes, recuperó entre Biarritz y Bayona la buena salud, por lo menos provisionalmente, por desgracia muy provisionalmente. Aconsejaronle entonces una estancia peninsular y esa fué la causa de que el 22 de octubre de 1852, una barquichuela surcadora del Bidasoa le depositase en tierras de Fuenterrabía. Allí vió todo el horror de la guerra manifestado en huellas de destrucción que, si se advertían en Hendaya, no dejaban de impresionar en Fuenterrabía. El cañón de esta ciudad y los minadores de Francia fueron los causantes de las recíprocas caricias.



Pero esas ruinas —dice Ozanam— son nobles, belicosas, y he oído decir a viajeros dignos, que era menester ir lejos para encontrar una ciudad que conservara tan bien el carácter castellano. Apenas se pasan los restos de bastiones derruidos y debajo de una puerta amenazante, aparece ante los ojos una calle flanqueada por casas antiguas, adornadas todas con grandes balcones, terrazas, galerías enrejadas y cristales donde las hermosas españolas pueden ver y dejarse ver según les conviene».

Después de dedicar un espacio digno de su pluma fervorosa a la iglesia de la ciudad fronteriza y de aludir someramente a Irún, Pasajes —«el Gibraltar del Norte según él—, describe su paso por las tierras de Guipúzcoa «en medio de campos de maíz admirablemente cultivados y de manzanos que se doblan bajo el peso de la fruta». Le sorprenden las ruedas de los carros «de una sola pieza, como ruedas de molino» y dice luego con mucha gracia: «Carlos — su hermano— los comparaba agradablemente con los carros del rey Atila, pero Carlos es un bellaco, pues el rey Atila jamás honró con su presencia estas regiones, ni recibió sobre su cabeza las lluvias de flores esparcidas por las jóvenes del país». El chirrido de las ruedas le parece comparable «a una docena de violines que se afinaran».

No hace ascos a lo suntuario ni a lo culinario de este país, como por aquel tiempo los hacía nuestra buena amiga Mathilde Van Eyss, antes al contrario, ensaya «las dulzuras de la vida privada en una *posada* donde había solamente habitantes cristianos, camas irreprochables» y donde tomaron «chocolate con *esponjas* dignas de Géneseaux». Por lo demás, pudo apreciar en las casas de los ricos depositarios de San Sebastián la calidad de sus lanas, de sus aceites y de sus vinos».



33.—El otro amigo número uno

1863-1891 El Príncipe Luis Luciano Bonaparte tiene títulos sobradísimos para comparecer en esta galería de viajeros que cruzaron el País Vasco. Si como viajero apenas dejó relación de su paso, mejor dicho, de su estancia en nuestras tierras, porque lo que le atrajo con irresistible imantismo fué el misterio de nuestra lengua con exclusión casi de otros motivos; fué, sin embargo, tal la afección hacia nosotros que de ello se originó, que podemos contarle como más nuestro que muchos de los nuestros.

Georges Lacombe dedicó páginas emocionadas a la vinculación del Príncipe filólogo a la entraña nuestra. A las luces de su semblanza del sobrino del gran genio de la guerra, aparece el Príncipe como autor de más de treinta publicaciones proyectadas exclusivamente sobre la lengua de nuestro país.

Nadie, pues, ha de disputar a Bonaparte que figure en esta galería y, aunque alguien quisiera establecer limitaciones que arrebatasen al augusto personaje la calidad de viajero narrador, podrá ponerse ante los ojos el Atlas lingüístico de nuestro país pacientemente elaborado por el Príncipe y que es hoy todavía fuente a la que necesariamente hay que acudir para establecer una científica discriminación de los dialectos del vascuence radicados en la topografía del país.

De cómo viajara por nuestro país nos da cumplida cuenta Rodríguez-Ferrer, quien dice que, al recorrer nuestras provincias vascas «era el Príncipe deferente con todos y con las autoridades, que por razón de su rango y la elevación de su primo —se refiere al reinado de Napoleón III— le hacían sus ofrecimientos; pero jamás se prevaleció de ellos para sus deseos personales, y reduciéndose a la condición particular, siempre pagó los servicios que se le hicieron. Por propensión o estudio, huía de la mayor animación de las capitales, y se detenía y gozaba entre la paz y la sencillez de pobres lugares».

La única tacha que se puede poner a la inclusión del Príncipe Luis Luciano de Bonaparte en esta nómina de viajeros extraños que visitaron nuestra tierra, es la de que difícilmente podrá ser considerado como extraño quien tantos títulos reunió para que se le considerase, no como al más extraño, sino como al más entrañado en nosotros y en nuestra alma.

¡Sea, pues, bienvenido a estas páginas el Bonaparte que, en expresión de Rodríguez-Ferrer, tiene entre toda su familia más parecido a las luces de su retrato físico, «con la mórbida fisonomía del que llenó el mundo con su gloria militar y cuyo apellido lleva».



34.—La detractora del «chiplrón»

1866 W. J. Van Eyss fué un holandés conspicuo que cayó bajo la mirada tentadora de la esfinge vasca. Fué víctima de su misterio y se entregó de por vida a su interpretación. Pero no es su persona la que aquí nos interesa, sino la de su esposa Mathilde. Nos ha dejado ésta un relato de su viaje realizado en 1866 y queremos anotarlo, porque no estará desprovisto de interés lo que nos diga la señora de un gran amante de nuestro país.

Llevaba el matrimonio sólo un año de casados y ya el marido era un obseso del estudio de la lengua vasca. La afición a la lengua trajo la afección al pueblo que todavía la hablaba, y ello determinó que en julio de 1866 partiesen desde Amsterdam para España.

En la capital de Guipúzcoa dieron con un auriga que, si tenía los pies desnudos, tenía también la cabeza despejada y que, preguntado con la única expresión española que tenía en su bagaje uno de los ocupantes del carromato, contestó en correcto francés ante el pismo de los esposos Van Eyss.

Quisieron éstos visitar la patria de San Ignacio, pero fueron sorprendidos en el camino por el más espantoso temporal que en su vida hubiesen presenciado, pareciéndoles a cada momento que iba a desaparecer en la vorágine el pequeño ómnibus que los conducía. El techo del hotel, fuesen las que quisieran sus condiciones suntuarias, les pareció un cobijo inapreciable.

No contaban los amartelados esposos con la huéspedea. Y la huéspedea fué no la hotelera sino la cocina que les deparaba. Pensaban ellos prolongar su estancia para que se beneficiasen los estudios del marido, pero sus estómagos no pudieron habituarse a los chipirones en su tinta y bien aceitados que les ofrecieron en la comida. No tuvieron el «coraje» de meter entre pecho y espalda el sabroso plato. ¡Decididamente hay que pensar que no se compenetraron con nuestros buenos usos y costumbres!

De todos modos llegaron a la santa casa de Loyola y allí se asombraron de que, siendo protestantes como eran, pudieran moverse libremente por aquellos suelos, bien que se arrodillaron respetuosamente ante el Sacramento expuesto. Era, según ellos, signo de la marcha de los tiempos.

Volvieron a comer en Azpeitia, no sabemos si con las repugnancias anteriores, y allí jugó una mala pasada a los azpeitarras un señor Amilibia, «Síndico de Zarauz» que les convenció de que, para alejarse del calor, era lo más conveniente que se trasladasen a su pueblo que está al borde del mar. El tal Amilibia era un buen zarauztarra y de abolengo, porque en Zarauz todos se apellidan Amilibia mientras no se demuestre otra cosa.

Pero la jugada peor fué para los inteligentes turistas. Porque les alojaron en Zarauz en una habitación vecina de la cocina, de la cuadra y de cierto lugar indispensable. Los aromas de tan diversas procedencias se fundían y quizá fué el todo parte de la ausencia de pulgas y otros «semovientes». De todos modos, entre el chocolate, el cocido de arroz y el asado de algunos pollos bastante pretéritos, la cosa no iba del todo mal.

Van Eyss tomó enseguida contacto con el venerable maestro don Gregorio Arrue, afortunado traductor al dialecto guipuzcoano de obras de otros dialectos del éuscara y de otros idiomas. Mas don Gregorio, que resultó un perfecto profesor de lengua vasca, llevó su atenta oficiosidad a recomendarles alojamiento en el mismo hospedaje en que él se hallaba y que venía a ser una dependencia del Convento de Franciscanos. Nunca lo hiciera, porque si la cama en que se acostó Monsieur no tenía pero, la en que se acostó Madame los tenía en plural bajo la forma de molestos insectos: era que acababan de comprarla y no la habían sometido a la influencia del «dedeté». Hubo que cambiar de hospedaje y los señores de Morales les acogieron cumplidamente, sin que Madame se sienta obligada a más aspavientos. Llegó además a decir *baratchuria gabe*, que venía a ser en sus labios un exorcismo contra la condimentación con los odiados ajos.

A partir de entonces la dama fué perdiendo remilgos y

acabó reconciliándose con la tierra y los de la tierra y mirando a una y otros con ojos optimistas o por lo menos contemporizadores.

Gustó de la playa y se bañó con frecuencia bajo los buenos oficios de Francisco su bañero. Por desoír sus consejos, le golpeó una vez la ola violentamente en la nuca al tiempo que arrancaba la boina de la cabeza de su bañero. Otra vez, paseando confiados los dos esposos a orillas del mar, una ola insospechada les puso como ustedes pueden suponer: la falda de la dama quedó pegada al armazón del miriñaque.

Mientras el varón estudiaba a fondo con don Gregorio, la dama procuraba pasar el tiempo del modo más honesto. No les gustaron ni los toros ni la pelota, y se desquitaron haciendo excursiones, una de ellas a Tolosa, donde tuvieron el honor de alojarse en la misma habitación en que Carlos Alberto de Saboya firmó su abdicación del trono de Cerdeña.

Madame Van Eyss quedó tan amiga nuestra como su marido y, olvidando sus remilgos, terminó su relación haciendo votos por que los vascos puedan conservar el carácter afable y la gran honestidad que hacen que su trato sea tan agradable.

1868 Quedó tan amiga, en efecto, que vino a visitarnos nuevamente dos años más tarde. Se dirá que la iniciativa de la reiterada visita no sería de ella, sino de su marido ganoso de estudiar mejor nuestra lengua, a la que ya había dedicado un Ensayo de Gramática duramente criticado por Duvoisin. Pero ya sabemos a qué atenernos en cuanto al imperio de las esposas y a la subordinación de los esposos.

Lo cierto es que en este segundo viaje —y sólo habían transcurrido dos años— encontró la Madama a San Sebastián «extraordinariamente embellecido»: se habían construido grandes y hermosas casas. Además en el trayecto a Zarauz «hicieron el recorrido más delicioso que se pueda imaginar». Con decir que le pareció que el río Oria tenía más agua que de costumbre y que sus márgenes estaban más encantadoras que nunca, habremos llegado a la conclusión de que quien se

transformó notablemente fué la propia observadora que así llegó a encariñarse con nuestra tierra.

En Zarauz tuvo las consabidas dificultades de alojamiento y vino a parar a casa de los de Amilibia que le ofrecieron una gran sala con alcoba de dos camas y un cuarto de aseo. Desde allí, su marido vascólogo se destacaba a casa de Arrue y al Convento para su aprendizaje de lengua éuscara. En uno de los días de su estancia visitaron un pequeño museo que tenía en su casa la señora de Velasco. «El museo —dice— vale la pena de ser visto; contiene objetos muy curiosos de la edad de piedra».



Recogió también doña Matilde la especie de que el arroyuelo que ahora corre junto a la ermita de San Pelayo, hubo tiempo en que rodeó a la iglesia parroquial y que la caída de gruesos bloques de piedra determinó que cambiase su curso.

La «gloriosa», es decir, la revolución de septiembre de 1868 les sorprendió en la villa costera y el vascólogo perdió el ánimo, a pesar de que el bueno de don Gregorio de Arrue, mejor conocedor de esos asuntos que el holandés, le aseguraba «que nadie se rompería la cabeza por la Reina». Doña Matilde, sin embargo, quiere quitarle mérito a don Gregorio al afirmar que «ocho días más tarde se luchaba ya, porque el partido carlista había sublevado el país contra los españoles (sic), bajo cuya dominación había perdido las franquicias de que antes disfrutaba».

A pesar de las seguridades de Arrue, los esposos volvieron a su patria, dejándonos estas relaciones de sus dos estancias entre nosotros, con la particularidad de que la primera fué redactada de memoria *a posteriori*, es decir, cuando su autora había cumplido ya los setenta y nueve años, al paso que la segunda fué elaborada teniendo a la vista el diario redactado en 1868.

35.—Resumen final

Hemos llegado al término de esta antología de juicios. Alguien pondrá reparos en aceptar esa denominación, fiado en que antología tiene que ver con flores y que no han sido siempre flores las que se han espigado entre nuestros visitantes, siquiera hayan prevalecido sobre las espinas. Con considerar a éstas como cortejo indispensable de aquellas, habremos justificado concienzudamente la calificación.

Lo que sí habremos de advertir en esta última recapitulación es que, en el período a que se contrae, los viajeros que nos visitaron eran ya de guante blanco. ¡Cuánta distancia entre Aymerico y Venturino! Pero ¡cuánta más entre el cascarrabias picardo y el inmenso Humboldt! Ya no se trata de simpatía, sino de franco entusiasmo. Picaud nos insultó, Venturino nos elogió y Humboldt nos estudió. La escala ha subido en progresión de «Maggirus». Toca ya en la cornisa de nuestra mayor altura.

No importa que Víctor Hugo, el «pasaitarra» honorario, se queje de nuestras pulgas, que son evidentemente molestas, ni que Borrow niegue contenido poético a nuestras canciones populares. Porque ahí están Humboldt y Bonaparte que, estudiándonos, nos honran de la manera mejor que se pueda honrar a un pueblo.

El estudio, en efecto, acerca a la verdad. Y la verdad nunca daña ni denigra. Así es que, al hacer el balance de la crítica de los nuestros por los extraños, hemos de sentirnos satisfechos ante el hecho de que quienes nos han estudiado de verdad nos han encumbrado, al paso que quienes no se entrañaron en las honduras de nuestro pueblo, nos elogiaron también las más de las veces, pero en algunas otras hicieron en nuestra piel incisiones hirientes.

Pero aún de éstas no nos hemos de quejar, porque, si fuera cierto que tenemos pecado de orgullo, que nos pagamos de nuestra natural hidalguía y que alardeamos de *no da-*

tar, vistas las injurias desde ese ángulo, nos servirán para recordar que *pulvis sumus*.

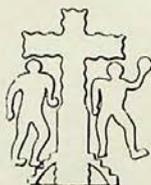
A todos, pues, los que de nosotros tuvieron algo que decir, bueno o malo, les acompañen nuestras bendiciones y nuestros sufragios: a todos sin excepción, desde Aymerico hasta Humboldt.



36. - BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- WHITEHILL, WALTER MUIR, *Liber Sancti Jacobi. Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela, 1944.
- ARANZADI, TELESFORO DE, *Viajeros rencorosos y ratones de biblioteca en el siglo R.*, en *Euskal-Erria*, XLIX, 33, 97, 129, 415 y 557 y L, 153.
- CAMPION, ARTURO, *Navarra en su vida histórica*, en *Geografía del País Vasco-Navarro, Provincia de Navarra*, Tomo I, Alberto Martín, Barcelona.
- MITXELENA, ENEKO, *Viajeros extranjeros en Vasconia*, Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1942.
- GARCIA MERCADAL, J, *España vista por los extranjeros*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- ELIZONDO, Fr. JOSE MARIA, *Paso por tierras vascas del Venerable Mártir Fray Francisco Bel*, en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XIV, 1.
- WILKINSON, HENRY, *Croquis de paisajes en las Provincias Vascas de España*, en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XIX, 176.
- LACOMBE, GEORGES, *Basquistants contemporains. Le prince Louis-Lucien Bonaparte*, en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, I, 161.
- LINO QUE ACABA DE VENIR DE ALLI, *Descripción de San Sebastián relativa a su gobierno, costumbres y comercio*, por... Traducción de Manuel Conde López... Editora Internacional, San Sebastián, 1945.
- HUGO, VICTOR, *Fragmento de Les Pyrénées de...*, Nueva Editorial, San Sebastián.
- DEMBOWSKI, CARLOS, *Dos años en España y Portugal durante la guerra civil, 1838-1840*, Espasa-Calpe, Madrid, 1931.
- HUMBOLDT, GUILLERMO DE, *Los Vascos o Apuntaciones sobre un viaje por el país vasco en primavera del año 1801*, traducido por Telesforo de Aranzadi en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XIV, 376 y sigtes.
- CARO BAROJA, JULIO, *Los pueblos del norte de la península ibérica*, Madrid, 1943.
- RODRIGUEZ FERRER, MIGUEL, *Los vascongados, su país, su lengua y el Príncipe L. L. Bonaparte...*, Madrid, Noguera-Martínez, Madrid, 1873.

- BOWLES, GUILLERMO, *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, Madrid, Imprenta Real, 1789.
- MOURLANE MICHELENA, PEDRO, *Veinte opiniones sobre el industrial Bilbao*, Información, La Editorial Vizcaína, Bilbao, 1921.
- GUIARD, TEOFILO, *La villa de Bilbao*, en Geografía del País Vasco-Navarro, Provincia de Vizcaya, Barcelona, Establecimiento editorial de Alberto Martín.
- GARATE, JUSTO, *Ensayos Euskarianos*, Tomo I. - Imprenta Mayli, Bilbao, 1935.
- GOYETCHE, LEONCE, *Saint-Jéan de Luz historique et pittoresque...*, París, 1883.
- OZANAM, *Cartas de Federico*, 23 abril 1813 - 8 septiembre 1853, Buenos Aires, 1945.
- GAUTIER, TEOFILO, *Viaje por España*, Calpe, Madrid, 1920.
- PEREZ MINGUEZ, FIDEL, D. Juan de Idiáquez... San Sebastián, Imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, 1934.
- EYSS, MATHILDE VAN, *Souvenirs d'un voyage dans le Pays Basque en 1868*, en Revista Internacional de Estudios Vascos, XVIII, 111 y 527.



INDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Nota preliminar</i>	5

CAPITULO I DESDE LA CUMBRE

1. - Estrabón, el primitivo	9
2. - Aymerico el irascible	12
3. - El topónimo <i>Ingles-Mendi</i>	15
4. - El irritable bohemio	18
5. - En el país donde se come pescado	20
6. - Un renano en San Adrián	22
7. - Con Felipe el Hermoso, a vistas	26
8. - Resumen	28

CAPITULO II DESDE EL OTERO

9. - El magnífico veneciano	30
10. - El amable Venturino	33
11. - Idiáquez en la pantalla	38
12. - El Doctor tudesco	40
13. - El Venerable Bel	42
14. - El Duque sibarita	45
15. - La Madama aventurera	47
16. - Un abate a la vista	49
17. - Uno que acaba de venir de allí	52
18. - Los tórculos de Leipzig	57
19. - El «doble» de Aymerico	60
20. - El inglés turiferario	62
21. - Bowles, el naturalista	65
22. - Brindis por Bilbao	67
23. - Resumen	70

CAPITULO III
DESDE EL LLANO

24. - El amigo número uno	72
25. - Un prisionero de Napoleón	81
26. - Tirando de la oreja a Jorge	83
27. - Don Jorgito, el evangelista	85
28. - Lápiz y bisturí.....	87
29. - El italo-polaco.....	89
30. - Don Teófilo no nos comprende.....	91
31. - Hugo, el romántico	94
32. - El buen samaritano	96
33. - El otro amigo número uno.....	98
34. - La detractora del «chipirón».....	100
35. - Resumen final	104
36. - Bibliografía consultada	106



25 Pesetas

RSBA